

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE HONDURAS
“NUESTRA SEÑORA REINA DE LA PAZ”



**LA *LECTIO DIVINA* COMO
INSTRUMENTO BÍBLICO DEL
ITINERARIO ESPIRITUAL DEL LAICO**

**TESIS QUE PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
EN TEOLOGÍA BÍBLICO - PASTORAL**

PRESENTADA POR

CARLOS EDUARDO ECHEVERRÍA COTO

Director Técnico

Rvdo.P. Dr. José Antonio Salinas Avery

Asesor Metodológico:

Rvdo. P. Dr. César Augusto Ramírez Giraldo

2020

Agradecimientos

A Dios Uno y Trino, principio, camino,
y meta de toda actividad teológica.

*A los directores-asesores, doctores
P. José Antonio Salinas Avery y
P. César Augusto Ramírez Giraldo,
por su rigor, amistad y ejemplo.*

*Al Rector Dr. Elio David Alvarenga,
a la Directora de estudios de postgrado
Dra. Claudia Raudales de Napky
y a la Decana de la Facultad Dra. Belén Peña,
por su gestión y apoyo.*

*A todos los profesores del doctorado,
por instruir, formar e inspirar..*

*A todos los compañeros de promoción,
por su solidaridad y acompañamiento.*

*A mi hija Beatriz Echeverría Mondragón,
por su apoyo y consejos editoriales.*

Dedicatoria

*A Vilma A. Mondragón Alvarado,
por 50 años de amor y compañía,
columna vertebral de mi familia,
cuya solidez intelectual jamás fue
competencia, sino motivación e
inteligente apoyo.*

CONTENIDO

	Pag.
Siglas	07
Prólogo	10
INTRODUCCIÓN: LA PALABRA DE REVELACIÓN	15
0.1- Dios habla a su pueblo	15
0.2- Significado de la Palabra de Dios	20
0.3- Propósitos de la Palabra	22
CAPÍTULO I: ANTECEDENTES VETERO Y NEO TESTAMENTARIOS DE LA <i>LECTIO DIVINA</i>	30
1.1- Antiguo Testamento	30
1.2- Nuevo Testamento	39

**CAPITULO II: FORMACIÓN PAULATINA DE LA
LECTIO DIVINA DESDE LA PRIMERA IGLESIA
HASTA EL MONACATO 43**

- 2.1- En la incipiente Iglesia 43
- 2.2- En los Padres de la Iglesia 44
- 2.3- En la vida monástica 48
- 2.4- En la “*Scala Claustrarium*” 50
- 2.5- Propuestas de ampliación de los pasos 54

**CAPÍTULO III: APORTES TEOLÓGICOS Y PONTIFICIOS
A LA COMPRENSIÓN Y PRÁCTICA ACTUAL DE LA
LECTIO DIVINA 56**

- 3.1- Pensamiento Teológico 56
- 3.2- Documentos pontificios 61

**CAPITULO IV PROPUESTA PASTORAL: LA *LECTIO
DIVINA* EN EL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL LAICO 75**

- 4.1- El itinerario espiritual del laico 75
- 4.2- ¿Por qué la *Lectio Divina*? 87

4.3- Una propuesta episcopal	88
4.4- Examen de otras propuestas	93
4.5- Lineamientos pastorales generales y específicos	99
4.6- Alcanzando la meta	107
CONCLUSIONES	109
BIBLIOGRAFÍA	111

SIGLAS

AA	<i>Apostolicam Actuositatem</i>
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
CFL	<i>Christifideles Laici</i>
CIC	Código de Derecho Canónico
DAS	<i>Divino Afflante Spiritu</i>
DH	<i>Dignitatis Humanae</i>
DV	<i>Dei Verbum</i>
ES	<i>Ecclesiam Suam</i>
EeG	<i>Exsultate et Gaudete</i>
EdVa	Editorial Vaticana
EG	<i>Evangelii Gaudium</i>
EN	<i>Evangelii Nuntiandi</i>
GS	<i>Gaudium et Spes</i>
LG	<i>Lumen Gentium</i>
MM	<i>Mater et Magistra</i>
MN	<i>Mens Nostra</i>

OT	<i>Optatam Totius</i>
PC	<i>Perfectae Caritatis</i>
SC	<i>Sacrosantum Concilium</i>
UADC	<i>Ubi Arcano Dei Consilio</i>
VD	<i>Verbum Domini</i>

Resumen.

Partiendo del propósito de la divina revelación y señalando los antecedentes en el Antiguo y el Nuevo Testamento, la investigación analiza el surgimiento y desarrollo de la *Lectio Divina* y su papel en el crecimiento espiritual de los monjes. Se revisa la fundamentación teológica del pasado y del presente, para proponer luego la *Lectio Divina* como un instrumento eficaz en el itinerario espiritual del laicado en el mundo actual.

Palabras Claves

Lectio Divina, Palabra de Dios, fundamentación bíblica, teología pastoral, itinerario espiritual, historia de la Iglesia, teología espiritual, contexto actual del laicado.

Abstract.

Starting from the purpose of the divine revelation and pointing out the antecedents in the Old and New Testaments, the investigation analyzes the emergence and development of the *Lectio Divina* and its role in the spiritual growth of the monks. The theological foundation of the past and the present is reviewed, to then propose the *Lectio Divina* as an effective instrument in the spiritual itinerary of the laity in today's world.

Key Words

Lectio Divina, Word of God, biblical foundation, pastoral theology, spiritual itinerary, history of the Church, spiritual theology, current context of the laity.

PRÓLOGO

La revisión de los antecedentes, de la génesis y de la historia de la *Lectio Divina* provee una rica información sobre la trascendental importancia de la Palabra de Dios, destacada tanto por la propia Escritura, como por los Padres de la Iglesia y por numerosos teólogos que se han ocupado del tema. Mediante la *Lectio Divina* se pudo apreciar mejor la revelación acerca del misterio de Dios y acerca del misterio del hombre en su relación con Dios. Su práctica condujo al escenario de un itinerario espiritual sólido y rico en la vida monacal, a lo largo de los siglos. A partir de esta constatación, surge la inquietud por llevar la *Lectio Divina* también a la cotidianidad del laicado de hoy, a manera de un poderoso instrumento para el desarrollo de su propio itinerario espiritual, y como medio de profundizar en su formación bíblica e integral, lo que, a su vez, posibilitará una mayor intensidad en su relación con Dios mismo, brindándole, a la vez, una mayor comprensión y compromiso en sus eventuales actividades apostólicas. Se tomará nota de las recomendaciones que a tal efecto han emanado del magisterio pontificio, tratando de indagar en el por qué no se han puesto en práctica con la rapidez, cobertura y profundidad que hubiesen sido deseables. Se concluirá con la formulación de lineamientos pastorales para hacer efectivamente de la *Lectio Divina* un instrumento de animación en el itinerario espiritual del laico, con la esperanza de que, a la vez se abra a la iluminación del Espíritu Santo.

Pregunta principal de la investigación.

¿Cómo utilizar frecuentemente la *Lectio Divina* como herramienta de animación del itinerario espiritual del laico de hoy?

Preguntas secundarias de la investigación.

- ¿Cuál es el propósito que subyace en la Palabra Revelada en el Antiguo y el Nuevo Testamento y qué impacto es capaz de generar en la vida espiritual del hombre?
- ¿Qué orientaciones doctrinales podemos obtener para un itinerario espiritual actual de parte de los Padres de la Iglesia?
- ¿Cómo pueden contribuir los aportes teológicos más recientes y el magisterio de la Iglesia a una instauración de la *Lectio Divina* como parte fundamental del itinerario espiritual del laico?
- ¿Cuál es la mejor estrategia, por qué y para qué utilizarla en el itinerario espiritual del laico?
- ¿Qué modelo y que lineamientos pastorales pueden brindarse para facilitar la utilización efectiva de la *Lectio Divina* como parte del itinerario espiritual del laico?

Planteamiento del problema.

El problema consiste pues en diseñar una estrategia de animación del itinerario espiritual del laico, a partir de la utilización frecuente de la *Lectio Divina*. Para ello se partirá del por qué, para qué y el cómo de la *Lectio Divina* monacal, pasando luego por una revisión de su fundamentación teológica del pasado y del presente, para penetrar en el ámbito pastoral a fin de revisar críticamente las propuestas y prácticas de la *Lectio Divina* en la actualidad, brindando lineamientos pastorales y obteniendo conclusiones a modo de síntesis. Parte fundamental será determinar los logros espirituales que posiblemente se generen a partir de esta práctica.

Objetivo general:

Proponer la *Lectio Divina* como herramienta de gran importancia y eficacia en la animación del itinerario espiritual del laico de hoy.

Objetivos específicos

:

- Identificar los principales antecedentes vétero y neo testamentarios de la *Lectio Divina* y su vigencia para la espiritualidad actual.
- Destacar los aportes doctrinales de los Padres de la Iglesia, relacionados con la *Lectio Divina*, aplicables a la espiritualidad del hombre de hoy.
- Analizar la importancia de la Escritura en la vida monacal y su formalización como *Lectio Divina*, así como su eventual incorporación en la espiritualidad laical contemporánea.
- Poner de relieve tanto los aportes teológicos más recientes como el magisterio de la Iglesia para la instauración de la *Lectio Divina* como parte fundamental del itinerario espiritual del laico.
- Brindar orientaciones pastorales capaces de facilitar una utilización efectiva de la *Lectio Divina* como parte del itinerario espiritual del laico de hoy.
- Descubrir los posibles frutos espirituales que la práctica de la *Lectio Divina* puede

Marco Conceptual

La *Lectio Divina* es, en primer lugar, un modo particular, ya consagrado por la práctica y los resultados espirituales, de leer y meditar las Sagradas Escrituras, y, en segundo lugar, una apertura del alma a la voz de Dios y a las insinuaciones de su Espíritu, para entrar en su intimidad, dialogar con Él y dejarse conducir por Él. Su práctica frecuente la convierten en una herramienta de crecimiento espiritual, pudiendo incluso llevar a las almas más piadosas y perseverantes, a entrar incluso en una nueva relación con Dios, que ya es propiamente mística,

El laico ha sido tradicionalmente definido por lo que no es: no es persona consagrada, es decir, no ha recibido ningún grado del sacramento del Orden ni ha hecho votos para la vida religiosa. Afirmativamente lo podemos definir como un bautizado que tiene un sacerdocio real y común, y como tal, está llamado también, desde sus dones y carismas, a ser testigos de Jesucristo, heraldos del Evangelio y servidores de sus hermanos. A partir del despertar que supuso la Acción Católica, pero, sobre todo, con el Concilio Ecuménico Vaticano II, se superó lo que dio en llamar “el eclipse del laico”, que mantuvo al laico bastante pasivo en el seno de la Iglesia, de la que se sabía parte, pero en la que actuaba como una especie de ciudadano de segunda clase. Este despertar del laicado, aún no es universal ni tiene la profundidad que está llamado a alcanzar.

El itinerario espiritual es el camino que todo bautizado debe recorrer, cuando responde al llamado de Dios, que le invita a la santidad. Aunque podría decirse que todo gira alrededor de Jesucristo, camino, verdad y vida, las personas se ven necesitadas de directrices muy concretas para emprender esa ruta. Se podría alegar que está claro que a la santidad se llega observando los mandamientos y viviendo la bienaventuranzas, lo cierto es que cada peregrino tiene su historia, su personalidad, su entorno y sus desafíos existenciales específicos, por lo que, a la postre, aun teniendo todos una misma dirección y una misma ruta, el itinerario se vuelve un reto personal e irrepetible. No obstante tenemos una serie de herramientas comunes a nuestro alcance: el depósito común de la fe, la custodia

de la esperanza cristiana, la práctica de la caridad, los sacramentos, la oración, la lectura de la palabra y las prácticas piadosas. Aquí es donde destaca de manera sobresaliente la práctica de la *Lectio Divina*.

Contenido

Los objetivos se pretenden alcanzar al desarrollar los siguientes contenidos:

- Introducción: La Palabra de Revelación.

Cap. I – Antecedentes vétero y neo testamentarios de la *Lectio Divina*.

Cap. II – Formación paulatina de la *Lectio Divina* de los Padres de la Iglesia al monacato.

Cap. III – Aportes teológicos y pontificios a la comprensión y práctica actual de la *Lectio Divina*.

Cap. –IV- Propuesta Pastoral: La *Lectio Divina* en el itinerario espiritual del laico.

- Conclusiones

INTRODUCCIÓN

LA PALABRA DE REVELACIÓN

0.1- Dios habla a su pueblo

La *Lectio Divina* se origina, se contextualiza y se desarrolla en la Palabra Divina. Esa Palabra de Dios llegó hasta nosotros por decisión soberana de Dios, gratuitamente y por amor. Pues Dios se quiso revelar al hombre. “Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” [DV, 2].

Lo primero que hace esta Palabra es convocar a la existencia: “Señor, Tú que llamaste del fondo del no ser todos los seres, prodigios del cincel de tu palabra...” (Himno del Oficio de Lectura, Sábado I, Liturgia de las Horas, Tomo III). La Palabra de Dios aparece primero, en la historia de la salvación, como eminentemente creadora: “Dijo Dios...Y así fue” (Gn 1,6.7.9.11.14.15.24.26.29.30).¹ Con ello, Dios empieza a darse a conocer como creador. Y, al crear al ser humano a su imagen y semejanza (Cfr. Gn 2,26) lo hace persona, con una mente para pensar, una voluntad para decidir y un corazón para amar. Por ello es que la Constitución Dei Verbum afirma de entrada (ut supra) que Dios ha querido “llamar a los hombres a participar de su vida misma”. Desde el inicio de su Revelación,

¹ Todas las citas de las Sagradas Escrituras están tomadas de la Biblia de Jerusalén en español.

Dios aparece como Señor, pues bendice, dispone que las creaturas sean fecundas, designa cual habrá de ser el alimento, ordena no tocar el fruto prohibido y pide cuentas por la desobediencia y el pecado. La Palabra divina, al tiempo que revela quién es Dios, determina quién es el hombre: una persona que puede mandar y administrar la creación, que debe obediencia a los mandatos de su creador, que tiene que responder por sus actos y asumir las consecuencias (Cfr Gn caps.1, 2 y 3). Así, la palabra devela, simultáneamente, el misterio de Dios y el misterio del hombre.

Puede decirse que la Revelación contenida en toda la Escritura trata fundamentalmente de la relación Dios-Hombre, por mediación de la Palabra. En el libro del Génesis se encuentra un Dios que habla directamente a los seres humanos: a Adán, Eva, Caín, Noé, Abraham, Isaac, Jacob. En los libros Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, Dios dialoga con Moisés, quien llegó a verle sin morir y también habló ocasionalmente con Aarón. Por su medio, Dios comunica al pueblo elegido su voluntad, hace con él una alianza y le dota de mandamientos, leyes civiles y prescripciones rituales. En ellos queda fijada la Palabra de Dios, la que debe ser escuchada atentamente (*Shemá Israel*, Dt 6,4) y repetirse a las siguientes generaciones: “Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas” (Dt 6,6-9). Y Yahveh habla también a Josué, hasta dejar al pueblo elegido establecido en la tierra prometida (Cfr. Jos 3,7; 4,1; 5,2; etc.). En varias ocasiones, en estos libros y en de Jueces, un ángel es quien transmite la voz de Dios (Cfr. Jc 2,1). Así, el pueblo tiene lo necesario para saber cuál es la voluntad de Dios.

En los libros históricos, tanto durante la época de los jueces, como bajo la monarquía, vemos que Dios va a suscitar profetas (anteriores, mayores y menores) como los encargados de escuchar y repetir la voz de Dios, recordar su

mandatos, pedir fidelidad, denunciar la idolatría y otros pecados, así como anunciar los castigos que por ellos habrían de sobrevenir. También proclamarán la misericordia del Señor y vaticinarán su perdón y la redención del género humano.

El profeta primero entra en contacto con Yaveh, que le llama a su servicio: “Vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado” (Is 6,1); “Entonces me fue dirigida la palabra de Yahveh en estos términos: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí»” (Jr1, 4-5); “Me dijo: «Hijo de hombre, yo te envío a los israelitas, a la nación de los rebeldes, que se han rebelado contra mí. Ellos y sus padres me han sido contumaces hasta este mismo día. Los hijos tienen la cabeza dura y el corazón empedernido; hacia ellos te envío para decirles: Así dice el señor Yahveh. Y ellos, escuchen o no escuchen, ya que son una casa de rebeldía, sabrán que hay un profeta en medio de ellos»” (Ez, 3-5).

El profeta, luego, declara su indignidad: “Y dije: « ¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos!»” (Is 6,5); “Yo dije: « ¡Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho.»” (Jr 1,6); “Y tú, hijo de hombre, no les tengas miedo” (Ez 2,6).

Dios prepara y fortalece al profeta para su misión: “Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca y dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado»” (Is 6,6-7); “Entonces alargó Yahveh su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahveh: «Mira que he puesto mis palabras en tu boca»” (Jr 1,9); “Y me dijo: «Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel.» Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo, y me dijo: «Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy.» Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel” (Ez 3,1-3).

Finalmente el profeta es enviado y él acepta su misión: “Y percibí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra»? Dije: «Heme aquí: envíame.» Dijo: «Ve y di a ese pueblo: Escuchad...»” (Is 6,8-9a); “Y me dijo Yahveh: «Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar. Te harán la guerra, mas no podrán contigo, pues contigo estoy yo - oráculo de Yahveh - para salvarte»” (Jr, 6,10a.19); “Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras. Pues no eres enviado a un pueblo de habla oscura y de lengua difícil, sino a la casa de Israel»” (Ez 3,4-5).

El pueblo post-exílico será gobernado por diversos jefes judíos y extranjeros impuestos. En el plano religioso será guiado por los sucesivos sumos sacerdotes, y por escribas y doctores de la Ley. El profetismo parece no tanto cosa del pasado, como algo cada vez más innecesario, pues ya el pueblo ha recibido todo lo que el Señor había querido comunicarle. Para muchos Malaquías (alrededor del 450 a. C.) es el último profeta. Otros muchos darán este título al precursor, Juan el Bautista; y el propio Señor Jesús le reconoce tal categoría (Cfr. Mt 11,13; Lc 1,76; Lc 3,2b; Lc 7,26; Jn 1,6-7).

Pero la Revelación no se ha terminado. La Nueva Alianza completará todo lo que Dios ha querido comunicar a su pueblo. El autor de la Carta a los Hebreos lo dice de manera clara y categórica:

Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las altura” (Hb 1,1-3).

Para R. Latourelle (1982) “Dios vivo ha hablado a la humanidad. He ahí el hecho inmenso que domina ambos testamentos” (p. 9) Y agrega: “ Esta palabra, que en un principio fue lejana, confusa, intermitente, como sonidos sueltos cuya unidad casi no puede percibirse, en Jesucristo, Hijo del Padre, Verbo del Padre, se nos da toda entera, se hace evangelio y se proclama, clara y distinta, como mensaje: «la palabra de la buena nueva» (Hch 15,7), la «palabra del Señor» (1Tes 1,8; 2Tes 3,1), la «palabra de Dios» (1Tes 2,13), la «palabra de verdad» (2Cor 6,7; Ef 1,13; Col 1,5; 2Tim 2,15), la «palabra de vida» (Fil 2,16), el «mensaje de salvación» (Hch 13,26), el «evangelio de la gracia» (Hch 20, 24)” (Ib).

El Evangelio según San Juan, escrito unos 30 años después de la Carta a los Hebreos, llama a Cristo la Palabra [Λόγος] (el Verbo, según algunas traducciones castellanas): “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios” (Jn 1,1-2). .

Basado presumiblemente en ambos textos, Hugo de San Víctor (s. XII) identifica la Biblia con Cristo: “Toda la Escritura divina es un libro y este libro es Cristo, porque toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda la Escritura divina se cumple en Cristo» (Hugo de San Víctor, De arca Noé 2,8). ²

El concepto griego de “Lógos” significa tanto palabra como razón, entendimiento. Fue postulado en la Filosofía presocrática y se le encuentra en Heráclito como una ley del ser, una necesidad universal que hace que todo sea. Entre los estoicos el logos es necesidad universal, asimilable al concepto griego de destino. Para los primeros neoplatónicos el término designa una entidad creadora, a veces asimilable a la sabiduría. Un judío observante y filósofo neoplatónico, Filón de Alejandría (s. I d.C.) ³ maneja este concepto, al comentar las escrituras, a la luz de la filosofía. En la Enciclopedia Católica *on line* (<https://ec.aciprensa.com/wiki>,

² Citado por el Catecismo de La Iglesia Católica, 134.

³ Nació entre 15 y 13 a.C., murió entre 45 y 50 d.C. No hay fundamento para vincularle con el Apóstol Juan, quien más probablemente toma algunos conceptos para su prólogo de los contenidos helenísticos presentes en los libros sapienciales.

recuperada el 14/02/2019), se afirma: “A veces, influenciado por la tradición judaica, Filón representa al Logos como la Palabra creadora de Dios (*"De Sacrific. Abellis. et Cainis"*; cf. *"De Somniis"*, I 182; *"De Opif. Mundi"*, 13); En otras ocasiones lo describe como el revelador de Dios, simbolizado en la Escritura por el ángel de Yaveh (*"De Somniis"*, I, 228-39, *"De Cherub"*, 3; *"De Fuga"*, 5; *"Quis rerum divinarum haeres sit"*, 201-205). Con mayor frecuencia aún, acepta el lenguaje de la especulación helénica; el *Logos* es entonces, siguiendo un concepto platónico, la suma total de ideas y el mundo inteligible (*"De Opif. Mundi"*, 24, 25; *"Leg. Alleg."*, I, 19; III, 96)”

Si Cristo es la Palabra encarnada y, a la vez, “camino, verdad y vida” (Jn 14,6), toda la revelación faltante sólo podía ser canalizada por medio de Él, como lo explicita el propio Señor Jesús a Felipe: “Le dice Jesús: « ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre. ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras»” (Jn 14, 10)

0.2- Significado de la Palabra de Dios

El pueblo elegido por Dios fue el destinatario de su palabra. Pero, ¿qué significó para los israelitas esa palabra? Por lo dicho por Dios, lo explicado por Moisés y los profetas, el pueblo comprendió que esa palabra transmitía la voluntad de Dios. Es la voluntad de Dios la que se manifiesta a través de la palabra; Dios se comunica hablando el lenguaje humano y utilizando las múltiples funciones que el lenguaje tiene, tales como la informativa, para transmitir contenidos objetivos. “Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será alimento” (Gn 1,29); la función expresiva, para transmitir sentimientos o deseos: “Mi alma está triste hasta el punto de morir” (Mt 26,38); la función apelativa, para ordenar o influir: “No te acerques aquí, quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es

santo” (Ex 3,5); o la función fáctica, para interrogar: “¿Cuántos panes tenéis?” (Mc 6,18).

La lectura del Salmo 119 contiene abundantes connotaciones para describir esa voluntad, algunas de las cuales se encuentran igualmente en el salmo 19. La voluntad divina se manifiesta en palabra(s), verdad(es), promesa(s), enseñanza(s), dictamen(es), juicio(s), ordenanza(s), mandato(s), precepto(s), mandamiento(s), decreto(s) o ley(es). Comprender el significado y propósito de la palabra revelada es esencial para compenetrarse de lo esencial de la *Lectio Divina*: escuchar la palabra de Dios, meditarla, responderle con la oración y hacer su voluntad.

Para mejor comprender el significado de lo que se lee, es menester familiarizarse poco a poco con el contexto en que algo se hace o se dice: comprender la cultura del pueblo donde esto tiene lugar así como ubicarse en el tiempo en que eso aconteció. Es importante igualmente comprender la antropomorfización de la figura de Dios, tanto en lo que se refiere a su aspecto: “Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido” (Dt 26,8), cuanto en lo que se refiere a su voluntad: “Le pesó a Yahveh de haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón. Y dijo Yahveh: «Voy a exterminar de sobre la haz del suelo al hombre que he creado, - desde el hombre hasta los ganados, las sierpes, y hasta las aves del cielo - porque me pesa haberlos hecho.»” (Gn 6,6-7). En esa misma perspectiva, Dios aparece como un interlocutor más, con el que puede haber cierta confianza. Tal parece que Abraham y sus descendientes estaban familiarizados con ese modo de pensar y de decir. Así, por ejemplo, vemos al patriarca regateando con Dios, a propósito de Sodoma (Cfr. Gn 18,23-33). También encontramos reclamos en un salmo atribuido a David: “¿Hasta cuándo, Yahveh, me olvidarás? ¿Por siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? ¿Hasta cuándo tendré congojas en mi alma, en mi corazón angustia, día y noche? ¿Hasta cuándo triunfará sobre mí mi enemigo? ¡Mira, respóndeme, Yahveh, Dios mío!” (Sal 13, 2-4a).

Las citadas antropomorfizaciones y las expresiones familiares y coloquiales con que se presenta a Dios y su palabra en el texto sagrado, llevan a inferir que está muy arraigada en el pueblo elegido la costumbre de referirse a Dios, acudir a Él en oración personal y comunitaria, así como interpretar los acontecimientos de la vida personal y nacional como guiados por la mano de Dios. Aún con la llegada de los reyes, Israel siempre tuvo un sello teocrático. Y la Iglesia, heredera espiritual de tal elección, se precia de ser Pueblo de Dios y, como tal, debería participar de la vivencia de la filiación divina. La lectura asidua de la Sagrada Escritura y la práctica de la *Lectio Divina* pueden ayudar ciertamente para que así sea.

0.3- Propósitos de la Palabra de Dios

Dios se quiso revelar al hombre. “Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (Dei Verbum, 2). Como se ve, el amor de Dios determinó, desde el primer contacto, una doble finalidad de su palabra revelada: 1) darse a conocer y 2) llamar a los hombres a participar de su vida misma. Así lo explica Latourelle (1982, *Théologie de la Révélation* p.235):

Podemos considerar la revelación desde el punto de vista del hombre o desde el punto de vista de Dios. En perspectiva teocéntrica, diremos que la revelación está ordenada a la gloria de Dios; en perspectiva antropocéntrica, afirmaremos que está ordenada a la salvación del hombre. Pero es sólo cuestión de perspectiva, porque el hombre alcanza la salvación, glorificando a Dios; y, salvándose, glorifica a Dios.

Dios se da a conocer paulatinamente. En primer término se presenta como creador frente a sus creatura y, a la vez, como providente y Señor. Y así se comprende y se actúa en consecuencia: “Pasó algún tiempo, y Caín hizo a Yahveh una oblación de los frutos del suelo. También Abel hizo una oblación de

los primogénitos de su rebaño, y de la grasa de los mismos” (Gn 4,3-4a). La relación Dios-género humano, dará lugar a un pacto inicial: Dijo Dios a Noé: «En cuanto esté el arco en las nubes, yo lo veré para recordar la alianza perpetua entre Dios y toda alma viviente, toda carne que existe sobre la tierra.». Y dijo Dios a Noé: «Esta es la señal de la alianza que he establecido entre yo y toda carne que existe sobre la tierra»” (Gn 9,16.17).

Más tarde, la relación suscitará una promesa: “Yahveh dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra»” (Gn 12,1-3). Luego la relación se hace interpersonal, familiar, como pudo atestiguarlo Jacob: “Y tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio que Yahveh estaba sobre ella, y que le dijo: «Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia»” (Gn 28,12-13).

Esta amistad se convierte en fidelidad de Dios, quien, ante la opresión de la citada descendencia, se convierte en el Dios que libera, el Dios que salva: “Dijo Yahveh: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel» (Ex 3,7-8b). Y luego se da a conocer como el que es, el existente, comunicador de toda existencia: “Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me ha enviado a vosotros.» Siguió Dios diciendo a Moisés: «Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él será invocado de generación en generación»” (Ex 3,14-15). Dios se manifestará

entonces, quizá más claramente que en el resto del Antiguo Testamento, como un Dios poderoso, omnipotente, enviando las plagas, dominando el Mar Rojo, haciendo llover el alimento del cielo y ordenando a las rocas dar agua, así como manifestando su presencia al frente de ellos: “De día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos” (Ex 13, 21).

Luego de la Pascua y el desierto, el monte Sinaí será el testigo permanente y memorable de la Antigua Alianza, por la que Dios tendrá un pueblo y ese pueblo tendrá un Dios. Sólo Moisés escucha la voz de Dios, pero todo el pueblo escucha las señales de su presencia:

Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar. Entonces Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yahveh había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno. Yahveh bajó al monte Sinaí, a la cumbre del monte; llamó Yahveh a Moisés a la cima de la montaña y Moisés subió (Ex 18,16-20).

En esta teofanía el pueblo recibe de parte de Dios su decálogo, voluntad divina que hace ver el misterio de Dios y, a la vez, la conducta consecuente que debe observar el ser humano. En lo que respecta a la concepción de la divinidad, este es un punto de inflexión en la historia de la humanidad, Dios se presenta como el único Dios, Dios verdadero, sin los defectos humanos de las divinidades paganas. Y el pueblo elegido deberá desde entonces profesar, divulgar y defender el monoteísmo. Cualquier desviación es infidelidad, y será llamada prostitución. Desde ese momento, hasta los tiempos de los Macabeos, el pueblo deberá

defender al único Dios, si es preciso hasta con su sangre. Y observar los mandatos que de ello se derivan. Podrá hacer estatuas, pero ninguna que sea llamada dios, que se anteponga a Él, que lo sustituya. Deberá reverenciar su Nombre, ofrecerle alabanza y santificar las fiestas y el descanso semanal.

El pueblo se va familiarizando de este modo con atributos fundamentales de Dios. Dios es todopoderoso: “Job respondió a Yahveh. «Sé que eres todopoderoso, ningún proyecto te es irrealizable»” (Jb 42,1). Dios es eterno: “Antes que los montes fuesen engendrados, antes que naciesen tierra y orbe, desde siempre hasta siempre tú eres Dios” (Sal 90, 2). Dios es omnipresente: “¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu, a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si en el seol me acuesto, allí te encuentras. Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, tu diestra me aprehende” (Sal 139,7-10). Dios es inmutable: “Que yo, Yahveh, no cambio” (Ml 3, 6); “Mas Él decide, ¿quién le hará retractarse? Lo que su alma ha proyectado lleva a término” (Jb 23,13). Dios es omnisciente: “Grande es nuestro Señor, y de gran fuerza, no tiene medida su saber” (Sal 147, 5); “Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón entero y con ánimo generoso, porque Yahveh sondea todos los corazones y penetra los pensamientos en todas sus formas” (1Cr 28,9ab).

Los libros históricos, sapienciales y proféticos irán explicitando otros atributos de Dios: Dios es sabio: “Con Él sabiduría y poder, de Él la inteligencia y el consejo” (Jb 12,13). “Yahveh es el que da la sabiduría, de su boca nacen la ciencia y la prudencia” (Pr 2, 6). Dios es misericordioso: “Clemente y compasivo es Yahveh, tardo a la cólera y rico en amor” (Sal 103, 8). Dios es Padre: “Yo seré para él padre y él será para mi hijo” (2 S 7,14; 1Cr 17,13); “Yahveh reprende a aquél que ama, como un padre al hijo querido” (Pr 3,13). Es un Padre a tal punto amoroso que no esconde sentimientos propios de una madre: “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar, yo no te olvido” (Is 49,15). ““Como uno a quien su madre le

consuela, así yo os consolaré” (Is 66,13). Dios es justo: “Si tienes inteligencia, escucha esto, presta oído al son de mis palabras. ¿Podría gobernar un enemigo del derecho? ¿Al Justo poderoso vas a condenar? ¡Aquel que dice a un rey: «¡Inútil!», «¡Malvados!» a los nobles, que no hace acepción de príncipes, ni prefiere al grande sobre el débil, ¡pues todos son obra de sus manos!” (Jb 34, 16-19). Dios es santo: “Y se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo, Yahveh Sabaot: llena está toda la tierra de su gloria.»” (Is 6,3); “Dad gritos de gozo y de júbilo, moradores de Sión, que grande es en medio de ti el Santo de Israel” (Is 13. 6).

En el Nuevo Testamento no se cambia la revelación sobre el misterio de Dios, sino que se completa. Dios es uno, pero en Él hay tres personas: “El Padre y yo somos uno” (Jn 10,30); “Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos todos nosotros” (1Co 8,6); “ Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16, 7.13-15); “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19); “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2Co 13,13).

En la Revelación Dios da a conocer también el misterio del hombre, Él tiene un plan de salvación para nosotros. Dios crea al género humano (Cfr. Gn 1,26-27; 2Gn 2, 7. 21-22); lo bendice y le hace administrador de lo creado (Cfr. Gn 1,28-30; Gn 2,5). Inscribe en el corazón del hombre normas y espera que las respete (Cfr. Gn 4,9-1; Ex 20). El ser humano debe observar las normas de Dios. Si peca, Dios

espera que se arrepienta y decida enmendarse. Entonces el perdona: “Entonces os acordaréis de vuestra mala conducta y de vuestras acciones que no eran buenas, y sentiréis asco de vosotros mismos por vuestras culpas y vuestras abominaciones. No hago esto por vosotros - oráculo del Señor Yahveh - sabedlo bien. Avergonzaos y confundíos de vuestra conducta, casa de Israel. Así dice el Señor Yahveh: El día que yo os purifique de todas vuestras culpas, repoblaré las ciudades y las ruinas serán reconstruidas” (Ez 36,31-33).

El ser humano pasa a ser, por la alianza, pueblo del Señor: “Yo os haré mi pueblo, y seré vuestro Dios” (Ex 6,7a), condición que va a ser recordada y subrayada una y otra vez: “Serán mi pueblo, y yo seré su Dios” (Jr 32,38; Ez 36,28). Esa alianza es sagrada; Dios la compara a la alianza matrimonial, por ello exige fidelidad. Romperla es equiparable a prostituirse. “Y ahora, Israel, ¿qué te pide tu Dios, sino que temas a Yahveh tu Dios, que sigas todos sus caminos, que le ames, que sirvas a Yahveh tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, que guardes los mandamientos de Yahveh y sus preceptos que yo te prescribo hoy para que seas feliz?” (Dt 10,12-13). “Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh” (Os 2,21-22).

Al revelarse Dios como padre, el justo pasa a la condición de hijo. El salmista (David) lo reconoce “Cual la ternura de un padre para con sus hijos, así de tierno es Yahveh para quienes le temen” (Sal 103,13). Dios mismo asegura esa filiación: “Y dirás a Faraón: Así dice Yahveh: “Israel es mi hijo, mi primogénito. Yo te he dicho: Deja ir a mi hijo para que me dé culto” (Ex 4,21-22). Y el Trito-Isaías lo reconoce: “Yahveh, tú eres nuestro padre” (Is, 63,16; Is 64,7).

Consecuentemente, en el Nuevo Testamento se invita al creyente a considerarse hijos de Dios: “Vosotros, pues, orad así: «Padre Nuestro...»” (Mt 6,9; Cfr. Lc 11, 2). La Escritura neo-testamentaria desarrolla toda una teología de la filiación por adopción, en el bautismo, y si somos hijos, también herederos: “Pues todos sois

hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa” (Ga 3, 26-29).

La promesa se explicita, se espera y se cumple, y ello da lugar a una nueva promesa: Se prometió una descendencia más numerosa que las estrellas, y así fue. Se prometió liberar de la esclavitud, y así fue. Se prometió que ellos sería su pueblo y Él sería su Dios, y así fue. Se prometió una tierra, y así fue. Se prometió sostén continuo a cambio de fidelidad, y así fue. Se prometió retorno del exilio y restauración, y así fue. Se prometió un Mesías-Salvador, y así fue. Y se prometió que heredaríamos el Reino de los Cielos, y en ello estamos. Somos peregrinos, hacia la casa del Padre: “Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Así pues, salgamos donde él -fuera del campamento- cargando con su oprobio; que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro” (Hb 13,12-14). Estamos en el mundo, pero no somos del mundo (Cfr. Jn 17,14-16). Caminamos hacia el Padre, guiados por el Señor: “Le dice Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí»” (Jn 14,6). En el libro de los Hechos de los Apóstoles reiteradamente se llama a la vida cristiana o a la Iglesia “el Camino” (Véase Hch 9,2; 18,25; 18,26; 19,9; 19,23; 22,4; 24,14, 24,22). San Pablo exhorta a alcanzar la meta, pero, en él, el camino se convierte en carrera: (Cfr. 1Co 9,24-27).

El cristiano camina seguro, pues no hay error en la Escritura, por su procedencia divina. Scott Hahn (2015 *“Fe y Revelación”*) lo explica estableciendo un sencillo, pero a la vez profundo, paralelismo:

La Palabra encarnada, que era perfectamente humana, jamás pecó. También la Palabra inspirada es perfectamente humana, pero no hay error en ella. Una vez más, Jesucristo es la clave para comprender el misterio de

la Escritura, que es a la vez humana y divina, imperfecta en apariencia, pero perfecta en realidad. En este sentido, la fe de la Iglesia en la inspiración y en la inerrancia de la Biblia no es más que una prolongación de su fe en la Encarnación (Cap.10).

Si la palabra de Dios revelada tiene como meta la santificación de cada hombre y mujer que caminan en el discipulado de Cristo, la lectura meditada, orante y vivida como compromiso, que propone la *Lectio Divina*, debería pasar a formar parte de su itinerario espiritual.

Capítulo I

ANTECEDENTES VÉTERO Y NEO TESTAMENTARIOS DE LA *LECTIO DIVINA*

Si aceptamos que lo esencial de la *Lectio Divina* consiste en acceder a la Palabra de Dios, según ha sido revelada y conservada en las Sagradas Escrituras, para que, habiendo comprendido hasta donde le es dado a cada quien su contexto bíblico, literario y cultural, proceder a meditarla hasta captar qué es lo que Dios quiere decir, para luego contestar con una oración referenciada por el texto al que se ha tenido acceso, a manera de diálogo o respuesta a Dios, y para, finalmente, comprometerse a hacer vida la voluntad de Dios así discernida, entonces es posible establecer antecedentes de la *Lectio Divina* tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos.

1.1 Antiguo Testamento

La Palabra de Dios fue expresada en el paraíso a los primeros padres, quienes entendieron cuál era la voluntad de Dios sobre aspectos diversos, incluida una prohibición (Cfr. Gn 3,2-3). El posterior reclamo de Dios por la desobediencia y las excusas tanto de Adán como de Eva (Gn 3,8.13), hacen ver que habían entendido que lo dicho por Dios debía de haberse convertido en respuesta conductual. Ante el anuncio de la destrucción de Sodoma, Abraham responde con un diálogo con Yahveh que tiene las características de una oración de intercesión (Cfr. Gn 18,16-

32). En estos dos relatos se observa cómo van apareciendo elementos esenciales, aunque desarticulados, de la *Lectio Divina*.

Un relato contenido en el libro del Éxodo (Ex 23,3-8) tiene elementos más entrelazados, por lo que debe ser considerado como un primer antecedente:

Vino, pues, Moisés y refirió al pueblo todas las palabras de Yahveh y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: «Cumpliremos todas las palabras que ha dicho Yahveh.» Entonces escribió Moisés todas las palabras de Yahveh; y, levantándose de mañana, alzó al pie del monte un altar y doce estelas por las doce tribus de Israel. Luego mandó a algunos jóvenes, de los israelitas, que ofreciesen holocaustos e inmolaran novillos como sacrificios de comunión para Yahveh. Tomó Moisés la mitad de la sangre y la echó en vasijas; la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: «Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahveh.» Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: «Esta es la sangre de la Alianza que Yahveh ha hecho con vosotros, según todas estas palabras.»

Las palabras de Dios son repetidas al pueblo, que, al comprender su alto significado, responde con un ritual de adoración y con un compromiso. El pueblo quiere acatar la voluntad divina, obedecerá y hará la voluntad de su Dios.

Otro antecedente se encuentra en el libro del Deuteronomio (Dt 4,1-2.5-6.9), por mandato expreso de Yahveh:

Y ahora, Israel, escucha los preceptos y las normas que yo os enseñé para que las pongáis en práctica, a fin de que viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que os da Yahveh, Dios de vuestros padres. No añadiréis nada a lo que yo os mando, ni quitaréis nada; para así guardar los mandamientos de Yahveh vuestro Dios que yo os prescribo. Mira, como Yahveh mi Dios

me ha mandado, yo os enseño preceptos y normas para que los pongáis en práctica en la tierra en la que vais a entrar para tomarla en posesión. Guardadlos y practicadlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos estos preceptos, dirán: «Cierto que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente.» Pero ten cuidado y guárdate bien, no vayas o olvidarte de estas cosas que tus ojos han visto, ni dejes que se aparten de tu corazón en todos los días de tu vida; enséñaselas, por el contrario, a tus hijos y a los hijos de tus hijos.

El texto que antecede contiene algunas novedades: repetir lo dicho por Dios, para no olvidar. Conservarlo íntegramente, sin adición ni mutilación. Enseñarlo a las nuevas generaciones. Y, por supuesto, poner en práctica lo que Dios indica.

Un mandato semejante se encuentra un poco más adelante (Dt 11,18-21.26-28):

Poned estas palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, atadlas a vuestra mano como una señal, y sean como una insignia entre vuestros ojos. Enseñádselas a vuestros hijos, hablando de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado. Las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas, para que vuestros días y los días de vuestros hijos en la tierra que Yahveh juró dar a vuestros padres sean tan numerosos como los días del cielo sobre la tierra.

Mira: Yo pongo hoy ante vosotros bendición y maldición. Bendición si escucháis los mandamientos de Yahveh vuestro Dios que yo os prescribo hoy, maldición si desoís los mandamientos de Yahveh vuestro Dios, si os apartáis del camino que yo os prescribo hoy, para seguir a otros dioses que no conocéis.

Se pide interiorizar la Palabra de Dios, repetirla una y otra vez, enseñarla a los hijos, para que escuchen la voluntad del Señor y la pongan en práctica. Hacerlo es bendición, no hacerlo, maldición.

En otro pasaje (Dt 30,15-18a.19-20b) se insistirá en esta misma idea: hay dos caminos, el uno sigue la voluntad de Dios y el otro se aparta de ella, lo que trae consecuencias desiguales:

Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahveh, tu Dios, que yo te prescribo hoy, si amas a Yahveh tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y multiplicarás; Yahveh tu Dios te bendecirá en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión. Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses y a darles culto, yo os declaro hoy que pereceréis sin remedio. Pongo hoy por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando Yahveh tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a él; pues en eso está tu vida, así como la prolongación de tus días.

Posteriormente se habrá de poner las palabras de Yahveh por escrito, para leerlas ritualmente y ponerla en práctica (Dt 31,9-13b):

Moisés puso esta Ley por escrito y se la dio a los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el arca de la alianza de Yahveh, así como a todos los ancianos de Israel. Y Moisés les dio esta orden: «Cada siete años, tiempo fijado para el año de la Remisión, en la fiesta de las Tiendas, cuando todo Israel acuda, para ver el rostro de Yahveh tu Dios, al lugar elegido por él, leerás esta Ley a oídos de todo Israel. Congrega al pueblo, hombres, mujeres y niños, y al forastero que vive en tus ciudades, para que oigan, aprendan a temer a Yahveh vuestro Dios, y cuiden de poner en práctica

todas las palabras de esta Ley. Y sus hijos, que todavía no la conocen, la oirán y aprenderán a temer a Yahveh vuestro Dios.

Al comienzo del libro de Josué, Yahveh le da instrucciones, y hay un texto en el que es posible encontrar elementos totalmente coincidentes con la metodología tradicional de la *Lectio Divina*: lectura, meditación, respuesta activa (Jos 1,6-9):

Sé valiente y firme, porque tú vas a dar a este pueblo la posesión del país que juré dar a sus padres. Sé, pues, valiente y muy firme, teniendo cuidado de cumplir toda la Ley que te dio mi siervo Moisés. No te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que tengas éxito dondequiera que vayas. No se aparte el libro de esta Ley de tus labios: medítalo día y noche; así procurarás obrar en todo conforme a lo que en él está escrito, y tendrás suerte y éxito en tus empresas. ¿No te he mandado que seas valiente y firme? No tengas miedo ni te acobardes, porque Yahveh tu Dios estará contigo dondequiera que vayas.»

El libro de los salmos se hace eco con alguna regularidad de esta necesidad de conducir la vida conforme a la Palabra de Dios. Véase, por ejemplo, lo que aparece en el Salmo 78, 3-8:

Lo que hemos oído y que sabemos, lo que nuestros padres nos contaron, no se lo callaremos a sus hijos, a la futura generación lo contaremos: Las alabanzas de Yahveh y su poder, las maravillas que hizo; Él estableció en Jacob un dictamen, y puso una ley en Israel; Él había mandado a nuestros padres que lo comunicaran a sus hijos, que la generación siguiente lo supiera, los hijos que habían de nacer; y que éstos se alzarán y se lo contaran a sus hijos, para que pusieran en Dios su confianza, no olvidaran las hazañas de Dios, y sus mandamientos observaran; para que no fueran,

lo mismo que sus padres, una generación rebelde y revoltosa, generación de corazón voluble y de espíritu desleal a Dios.

Se explicita que se trata de un asunto de fidelidad a Dios, un recurso para no alzarse contra Dios en rebeldía.

En el libro de Nehemías, especialmente en todo el capítulo 8 y en algunos versículos de los capítulos 9 y 10, podemos encontrar el mejor antecedente veterotestamentario de la *Lectio Divina*. En efecto, se lee un libro donde está la palabra inspirada; el pueblo escucha con atención y gran respeto; se medita y explica el texto; el pueblo entiende que debe poner lo que escucha en práctica y se termina haciendo memoria de las bondades del Señor –pese a los pecados del pueblo- y pidiendo el favor del Señor.

En este extraordinario relato, se identifican una serie de elementos y procesos que justifican la afirmación de que es éste el antecedente más claro

En primer lugar hay que destacar que se trató de una ceremonia comunitaria. El pueblo congregado demuestra respeto por el libro que se le presenta y demuestra comprender la importancia de lo que se está haciendo:

Neh 8,1 Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta del Agua. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahveh había prescrito a Israel.

Neh 8,2 Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón.

Neh 8,5 Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo - pues estaba más alto que todo el pueblo - y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie.

No se verificó únicamente una lectura. Se aprovechó el momento para orar y bendecir a Dios y pedir bendición sobre el pueblo. La lectura prologada indica, además, una muestra de respeto para quien la ha inspirado. Se lee desde un estrado elevado, lo que destaca la importancia de lo que se hace:

Neh 8,6 Esdras bendijo a Yahveh, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: « ¡Amén! ¡Amén!»; e inclinándose se postraron ante Yahveh, rostro en tierra.

Neh 8,3 Leyó una parte en la plaza que está delante de la puerta del Agua, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón; y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley.

Neh 8,4 El escriba Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión.

La lectura va acompañada de explicación, lo que presumiblemente aclaraba el texto y el contexto, y permitía el entendimiento, la reflexión y posiblemente la meditación acerca de lo que se estaba escuchando. Comprendieron que Dios siempre está dispuesto a favorecer al pueblo y que, si en Él se confía, hay alegría y gozo:

Neh 8,8. Y Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios, aclarando e interpretando el sentido, para que comprendieran la lectura.

Neh 8,7. Josué, Baní, Serebías, Yamín, Aqcub, Sabtay, Hodiýías, Maaseías, Quelitá, Azarías, Yozabad, Janán, Pelaías, que eran levitas, explicaban la Ley al pueblo que seguía en pie.

Neh 8,9. Entonces (Nehemías - el Gobernador - y) Esdras, el sacerdote escriba (y los levitas que explicaban al pueblo) dijeron a todo el pueblo: «Este día está consagrado a Yahveh vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis»; pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley.

Neh 8,10. Díjoles también: «Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado. Porque este día está consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahveh es vuestra fortaleza.»

Neh 8,11. También los levitas tranquilizaban al pueblo diciéndole: «Callad: este día es santo. No estéis tristes.»

Neh 8,12. Y el pueblo entero se fue a comer y beber, a repartir raciones y hacer gran festejo, porque habían comprendido las palabras que les habían enseñado.

La lectura y su significado, les hace ver también que deben guardar fidelidad a Dios. Y que, si no han sido fieles al Señor han cometido un pecado del que deben arrepentirse, hacer penitencia y cambiar de conducta:

Neh 9,1. El día veinticuatro de aquel mismo mes, se congregaron los israelitas para ayunar, vestidos de sayal y la cabeza cubierta de polvo.

Neh 9,2. La raza de Israel se separó de todos los extranjeros; y puestos en pie, confesaron sus pecados y las culpas de sus padres.

Neh 9,3 De pie y cada uno en su sitio, leyeron en el libro de la Ley de Yahveh su Dios, por espacio de un cuarto de día; durante otro cuarto hacían confesión y se postraban ante Yahveh su Dios.

Esto da lugar a una nueva plegaria a Yahveh, que esta vez es de reconocimiento y agradecimiento por su creación y por haber sido elegidos pueblo del Señor.

Neh 9,4 Josué, Binnuy, Cadmiel, Sebanías, Bunní, Serebías, Baní y Quenaní subieron al estrado de los levitas y clamaron en alta voz hacia Yahveh su Dios,

Neh 9,5 y los levitas Josué, Cadmiel, Baní, Jasabneías, Serebías, Hodiýías, Sebanías y Petájías dijeron: «¡Levantaos, bendecid a Yahveh nuestro Dios!

¡Bendito seas, Yahveh Dios nuestro, de eternidad en eternidad! ¡Y sea bendito el Nombre de tu Gloria que supera toda bendición y alabanza!
Neh 9,6 ¡Tú, Yahveh, tú el único! Tú hiciste los cielos, el cielo de los cielos y toda su mesnada, la tierra y todo cuanto abarca, los mares y todo cuanto encierran.»

Y continuaron con esta oración conmemorativa, hasta el versículo 35. Luego ratificarán su propósito de enmienda, al punto de comprometerse por escrito:

Neh 10,1 De acuerdo con todo esto, nosotros tomamos un firme compromiso por escrito. En el documento sellado figuran nuestros jefes, nuestros levitas y nuestros sacerdotes [Detalles en Nem 10, 2-28].

Neh 10,29 Y el resto del pueblo, los sacerdotes y los levitas los porteros, los cantores, los donados y todos los separados de las gentes del país para seguir la Ley de Dios, sus mujeres, sus hijos y sus hijas, cuantos tienen uso de razón,

Neh 10,30 se adhieren a sus hermanos y a los nobles y se comprometen por imprecación y juramento a caminar en la Ley de Dios, que fue dada por mano de Moisés, siervo de Dios, y a guardar y practicar todos los mandamientos de Yahveh nuestro Señor, sus normas y sus leyes.

El Templo de Jerusalén, una vez reconstruido, volvió a acoger a los peregrinos, quienes venían a orar y a ofrecer sacrificios diversos, por medio de los sacerdotes. Allí, y en la reunión sabatina que a lo largo de la tierra escogida tenía lugar en las numerosas sinagogas, casas de oración, se haría práctica cultural el leer pasajes de las escrituras, con las explicaciones de maestros locales o visitantes. Esto siguió así hasta la llegada del Señor Jesús y el comienzo de su ministerio.

1.2 Nuevo Testamento

Jesús aprendió con sus padres a ir al Templo y a la Sinagoga. Y lo seguiría haciendo hasta el final. A los doce años se le encuentra en el Templo “sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas” (Lc 2,46-47). Y desde el comienzo de su ministerio enseñaba y “la gente quedaba asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas” (Mt 7,28-29); viniendo a su patria les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: « ¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?» (Mt 13,54).

Es en San Lucas donde se encuentra el mejor paralelismo con la *Lectio Divina*, a cargo del mismo Señor Jesús:

Vino a Nazará, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos, y proclamar un año de gracia del Señor.»

Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.» Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. (Lc 4,16-22).

El pasaje indica que se hace una lectura de la Escritura (Is 61,1 y ss), en un contexto cultural y aclarando el sentido del texto. Su finalidad es indicar que Él ha venido a dar cumplimiento a lo que ahí se dice.

Al inicio de los Hechos de los Apóstoles, si bien no se hace su lectura, se encuentran los discursos de Pedro y de Esteban llenos de citas de la Escritura, para hacer ver cómo se aplican al Señor Jesús.

También es significativo el episodio de Felipe con el funcionario etíope, súbdito de la reina Candace, que pide le sea explicado un pasaje de la Escritura (Is 53,7-8), para poderlo comprender.

Es de destacar que Pablo, apóstol de los gentiles, solía iniciar su apostolado entre sus hermanos judíos, en las sinagogas:

Ellos, partiendo de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia. El sábado entraron a la sinagoga y tomaron asiento. Después de la lectura de la Ley y los Profetas, los jefes de la sinagoga les mandaron a decir: “Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad”.

Pablo se levantó, hizo señal con la mano y dijo: “Israelitas y cuantos teméis a Dios, escuchad”.» (Hch 13,14-16).

Y en los siguientes veinticinco versículos (17-41) se recogen sus palabras. Y el texto concluye: “Al salir les rogaban que les hablasen sobre estas cosas el siguiente sábado” (Hch 13,42). Esta práctica de predicación del Evangelio, luego de la lectura en las sinagogas será utilizada más de una vez. (Cfr. Hch 14,1, en Iconio; Hch 17,1-3, en Tesalónica; Hch 17,10-12, en Berea; Hch 18,4, en Corinto; Hch 18,19, en Éfeso).

En las cartas dirigidas a Timoteo, Pablo no sólo brinda una catequesis utilizando la Palabra de Dios, sino que también enseña la utilidad de la Escritura en la vida cristiana, lo que, a su vez, indica al pastor una ruta a seguir:

Tú, en cambio, persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste, teniendo presente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas

Letras, que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena.

Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su Manifestación y por su Reino: Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas. Tú, en cambio, pórtate en todo con prudencia, soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio (Tim 3,12—4,5).

Pablo tiene gran conocimiento de las Escrituras, por su formación. Sus cartas son, en gran medida, una meditación bíblica, en clave de Jesucristo. Y nos enseña una práctica que la posteridad habría de recoger, convertir la lectura bíblica y la reflexión en oración, como lo hace, bajo la forma de doxología, al igual que otros apóstoles (Cf. Rm 16,25-27; Ef 3,20-2; 1Tim 6,15-16; Judas 24-25).

Por su parte, Santiago insiste en escuchar la Palabra, pero sobre todo pide ponerla en práctica.

Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es. En cambio el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz (St 1,22-25).

Esa Palabra es la que nos ha hecho personas nuevas, nos ha permitido “nacer de nuevo” como explicaba Jesús a Nicodemo (Jn 3,1-8), pues por la Palabra revelada se llega a “nacer por el agua y el Espíritu”. “Pues habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios, viva y permanente” (1Pe 1,23).

La Palabra de Dios ha sido revelada. Queda claro que esa Palabra es para todos. Pero debe llegar a todos, ser escuchada y explicada, para que, comprendiéndola, puedan vivir conforme a ella y elevar su voz invocando al Señor. Por eso expresa el Apóstol:

Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura: « ¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien! » Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo (Rm 10,13-15.17).

Las Escrituras conservan la revelación de Dios, para su Pueblo. Se conservan para ser leídas y meditadas y, para dar respuesta a un Dios que nos invita a la salvación. Lo escrito nos alecciona sobre lo que ha sucedido, está sucediendo y deberá suceder. Y todo ello es confiado al magisterio de la Iglesia, tal y como leemos en el Apocalipsis (Ap 1,11a.19): «Lo que veas escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias. Escribe, pues, lo que has visto: lo que ya es, y lo que va a suceder más tarde».

Capítulo II

FORMACIÓM PAULATINA DE LA *LECTIO DIVINA*, DE LOS PADRES DE LA IGLESIA AL MONACATO, Y EL IMPACTO ESPIRITUAL ESPERADO

2.1 En la incipiente Iglesia

Los apóstoles y primeros discípulos se reunieron en los primeros tiempos y con alguna frecuencia en las sinagogas, participaban de las lecturas y a menudo fueron invitados a tomar la palabra para hacer un comentario o una interpretación. (Cfr. Hch 13,4-16.17-41; Hch 13,42; Hch 14,1; Hch 17,1-3; Hch 17,10-12; Hch 18,4; Hch 18,19).

La comunidad de habla griega leía la versión de los LXX, a la que sin duda alude Pablo (2Tim 3,15-16). Estos textos vendrían a ser, por tanto, los primeros libros litúrgicos. Es razonable suponer que esta práctica continuó en las reuniones exclusivas de los cristianos, el día del Señor, congregados para partir el Pan. Es igualmente razonable suponer que las iglesias locales leyeran y releyeran las cartas que a ellas habían sido destinadas y que pudieran interesarse por la doctrina contenida en otros textos dirigidos a iglesias hermanas, teniendo cabal conocimiento de lo que acontecía en ellas (Cfr. 2Cor 8,1-7).

En el año 155, San Justino mártir explica al Emperador Antonino Pio cómo celebran los cristianos:

El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo. Se leen los Recuerdos de los Apóstoles y los escritos de los Profetas. Luego, cuando el lector termina, el que preside toma la palabra y hace una invitación y exhortación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente, nos levantamos todos a una y oramos por nosotros... y por todos los demás dondequiera que estén, a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar la salvación eterna (Primera Apología, 66).

Este fragmento nos hace ver que la lectura de la escritura, la reflexión sobre ella, la oración y compromiso (elementos fundamentales de la *Lectio Divina*, tal y como la conocemos actualmente) estaban presentes –y lo siguen estando- en la Liturgia de la Palabra, durante el Santo Sacrificio. Llegará luego el momento en el que se comprenderá la importancia de leer y meditar la Santa Palabra en otros momentos, por la riqueza y gracia que esta práctica genera por sí misma.

2.2 En los Padres de la Iglesia

Desde muy temprano, los padres de la Iglesia, empezando por Orígenes de Alejandría (185-253), considerado por algunos como el padre de la *Lectio Divina*, van a definir las bases doctrinales la *Lectio Divina*, estimulando al mismo tiempo su práctica.

En la carta de Orígenes a Gregorio el Taumaturgo leemos lo que parece ser la primera referencia a esta práctica espiritual, al haber utilizado el concepto de *Lectio Divina* (ἀνάγνωσις θεῖα). “*Anágnosis*” tiene exactamente los dos significados igualmente contenidos en la palabra latina “*Lectio*”, para referirse tanto a la “*lectura*”, es decir a la decodificación comprensiva de un texto, cuanto a “*lección*”, es decir a una presentación magisterial con propósitos de enseñanza y aprendizaje. Al utilizar el nombre latino para referirse a esta práctica de venerable

tradición en las iglesias de diversos idiomas, se ha conservado de hecho este doble significado:

4. Tú, pues, señor e hijo mío, atiende principalmente a la *lectio* de las Escrituras divinas (1Tim 4,13); pero atiende. Pues de mucha atención tenemos necesidad quienes leemos lo divino, a fin de no decir ni pensar nada temerariamente acerca de ello. Y a par que atiendes a la *lectio* de las cosas divinas con intención fiel y agradable a Dios, llama y golpea a lo escondido de ellas, y te abrirá aquel portero de quien dijo Jesús: “A éste le abre el portero” (Jn 10,3). Y a par que atiendes a la *lectio divina*, busca con fe inmovible en Dios el sentido de las letras divinas, escondido a muchos. Pero no te contentes con golpear y buscar, pues necesaria es de todo punto la oración pidiendo la inteligencia de lo divino. Exhortándonos a ella el Salvador, no sólo dijo: “Llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis”, sino también: “Pedid y se os dará” (Mt 7,7; Lc 11,9).

Orígenes también consideraba la Palabra de Dios como comparable a un sacramento y, como tal digno del mayor de los respetos. “Renovamos la conciencia, tan familiar a los Padres de la Iglesia –dice Benedicto XVI (*Verbum Domini*, 93)- de que el anuncio de la Palabra tiene como contenido el Reino de Dios (cf .Mc 1, 14-15), que es la persona misma de Jesús, como recuerda sugestivamente Orígenes”

Escribía, en efecto Orígenes:

Tú que estás acostumbrado a tomar parte en los divinos misterios, sabes, cuando recibes el cuerpo del Señor, cómo protegerlo con todo cuidado y veneración, para que ni una pequeña partícula se caiga. ...Pero si eres tan cuidadoso para conservar su Cuerpo y con toda razón, ¿cómo piensas que es menos culpable haber descuidado la Palabra de Dios que haber descuidado su Cuerpo? (Sobre el Éxodo, 13, 3).

En nuestros días se acostumbra, de modo similar, de referirnos tanto a “la mesa de la Palabra”, como a “la mesa de la Eucaristía”, que integran la liturgia de la Santa Misa, indicando esa doble fuente de gracia para el cristiano.

El santo Diácono Efrén (306-373) se admira de la riqueza de las Escrituras y de sus posibilidades inagotables para posibilitar el estudio, la meditación y la iluminación de la vida cristiana:

¿Quién será capaz de abarcar hasta el final todo lo que es posible hallar en una sola de tus palabras? Es mucho más lo que dejamos que lo que tomamos, igual que los sedientos que beben en una fuente. Los rostros de tu palabra son tantos como los de quienes la estudian. El Señor ha pintado su palabra con multitud de bellezas, para que cada uno de los que la estudia pueda adentrarse por aquella que más le place. Y ha escondido en su palabra toda clase de tesoros, para que cada uno de nosotros, sea por donde sea que meditemos en ella, podamos enriquecernos con ella. Su palabra es el árbol de la vida, que extiende hacia ti por todos lados los frutos benditos (Comentarios al Diatessaron, 18).

Al hacer una breve historia de la *Lectio Divina*, Calduch-Benages (2012) recoge diversas referencias de San Jerónimo sobre el tema, a través de sus cartas: “Jerónimo (347-420) escribe a la virgen Eustaquia dándole consejos para alcanzar la perfección espiritual: “Aplicáte con mucha frecuencia a la lectio... Que te sorprenda el sueño con el códice en la mano y caiga tu rostro sobre la santa página” Y a la virgen Demetríada le recomienda: “Llena tu alma del amor a la lectio divina” (Saboreando la Palabra, p.15).

Agustín de Hipona (354-430), Padre de la Iglesia, obispo, teólogo y filósofo, es uno de los escritores más prolíficos del occidente, en esa época de transición entre el fin de la Edad Antigua y el comienzo del Medievo. Aunque no enfocó directamente

la *Lectio Divina*, su conocimiento y reflexión sobre las Sagradas Escrituras habrían de influenciar toda la posteridad.

Sobre la relación entre la lectura de la Biblia y la acción pastoral del obispo de Hipona, escribe P. Langa Aguilar (1997, p.70):

Una vez presbítero de la comunidad hiponense, solicita de su obispo Valerio tiempo hábil, por lo menos hasta Pascua, «para meditar las divinas Escrituras», en cuyos salubérrimos consejos espera estar para entonces, o tal vez antes, instruido. Se le alcanza ya sin dificultad que debe estudiarlas y dedicarse a la oración y a la lectura, pues los hechos le han enseñado qué necesita un hombre para distribuir el sacramento y la Palabra de Dios, pero aún desconoce cómo administrar tales misterios buscando la salvación de los otros antes que el propio beneficio.

«¿Cómo conseguir eso, -se pregunta- sino pidiendo, llamando y buscando, es decir, orando, leyendo y llorando, como el mismo Señor preceptuó?» Vive hasta el episcopado, pues, «meditando día y noche la divina ley» y comunicándosela generoso al monasterio del huerto, en cuya comunidad ha de encontrar, cuando ciña la mitra, eficaces colaboradores de la Iglesia local y, andando el tiempo, fecundo plantel de sacerdotes. San Posidio atribuye tan prodigioso desarrollo a la madurez bíblica del grupo y al ejemplar magisterio del joven monje, llamado pronto a «edificar la Iglesia del Señor con la palabra de Dios y la recta doctrina».

Agustín es también monje, fundador de monasterios y autor de la regla monástica más antigua de occidente, que, aunque no da detalles precisos de conductas a seguir, sí enfatiza en la unidad de la comunidad y la importancia de la Escritura, la meditación y la oración para la salud espiritual de los monjes.

2.3 En la vida monástica

La *Lectio Divina* se va decantando paulatinamente al interior de los claustros.

Los monjes empezaron siendo ermitaños del desierto; hasta más tarde entraron al cenobio. El ermitaño se guía por una serie de principios y no exactamente por una regla. San Antonio (251-356), que es considerado padre del monaquismo de oriente, no escribió la regla que lleva su nombre, que data de finales del siglo IV, basada probablemente en los principios que él inculcó.

La Regla de San Pacomio (287-346) viene a ser entonces la más antigua. Abunda en principios fundantes y en prescripciones muy generales. Se menciona en ella que la Regla es la Escritura y la disciplina monástica. Pero es claro que se insiste en la vida comunitaria, la oración, la lectura de la Escritura (-se enseñará a leer a quien no lo sepa), la meditación sobre ella y las conferencias. Cuando se va a las celebraciones comunitarias, o se regresa de ellas, se pide meditar en la Sagrada Escritura. También se invita a memorizar los santos Evangelios y los salmos.

San Basilio (329-379) desarrolla una regla monástica para favorecer la vida en común en monasterios y no para apoyar el estilo de vida eremítico. No se trata de cánones, o prescripciones de naturaleza jurídica. Más bien es un conjunto de reflexiones que dan respuesta a las cuestiones que le son planteadas. Al hacerlo, cita con muchísima frecuencia las Sagradas Escrituras. Puede asegurarse que, para él, la verdadera regla de la vida monástica es precisamente la Biblia.

Considera que el amor de Dios se profundiza cuando se medita en las verdades de la fe. En sus escritos de carácter espiritual se encuentran algunas afirmaciones que destacan la importancia de leer y meditar la sagrada Escritura, para poder luego normar la vida:

Pues es necesario y útil, que cada uno aprenda la Divina Escritura, para saber cómo permanecer en la piedad y no acomodarse a las filosofías humanas, porque es imposible comenzar algo con ligereza y querer inmediatamente obtenerlo sin meditación, sin un continuo y atento ejercicio.

Conocemos a Dios mediante la iluminación del Espíritu Santo, que es como el sol, ilumina las cosas de Dios, abriendo el ojo puro (el conocimiento), a la imagen de Dios invisible. Con su gracia el Espíritu Santo eleva también nuestro corazón hacia Dios; a los débiles los sostiene, como una poderosa mano; y a aquellos que caminan por el camino de la santidad, El, aun mejor los perfecciona. El Espíritu Santo, purificando con su gracia a los limpios de la mancha del pecado, los espiritualiza.

Y más adelante añade: “Después de la lectura siguen las oraciones. Las almas, en las cuales el amor a Dios se originó, cumplen con más rapidez y perseverancia. La oración que eleva la mente a Dios es buena.”⁴

San Benito de Nursia (480-547) escribió una Regla que habría de convertirse en norma fundamental de la mayoría de los monasterios en los siguientes 1500 años, fuesen o no benedictinos. Esta regla, de 73 capítulos, es bastante completa, pues se refiere a la vida espiritual del monje, a sus votos, a la disciplina, al prior o abad y a varios temas más. Dedicó 13 capítulos, del VIII al XX, al Oficio Divino o Liturgia de la Horas. Aunque no hay nada aún estructurado como *Lectio Divina*, se ve claramente cómo la oración con textos bíblicos, pasa a ser parte constitutiva de la cotidianidad monacal. La regla de San Benito así lo asegura: “¿qué página o qué sentencia de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento, no es rectísima norma de vida humana?” (Cap LXXIII, 3).

La Regla de San Benito se fue adaptando posteriormente a las diversas comunidades monásticas que la aceptaron como orden fundamental. Tal es el caso de la Orden de Cluny, la Orden Cisterciense, y las órdenes, Camaldulense, Olivetana, Silvestrina y Cartuja.

La orden de los Cartujos, fue fundada en 1084 por San Bruno (1030-1101), es de

⁴Cita recuperada en www.fatheralexander.org

carácter contemplativo y en ella se dedica tiempo a la lectura bíblica, a la meditación y a la oración. Además de los votos de pobreza, castidad y obediencia, hacen voto de conversión, para buscar día a día la perfección. En este ambiente habría de sistematizarse la *Lectio Divina*, por iniciativa del monje Guigo.

2.4- En la “*Scala Claustralium*”

En el año 1174 Guigo II es elegido prior de la Gran Cartuja, situada en unas ariscas montañas cerca de Grenoble, en Francia. En la austeridad típica de los cartujos, Guigo destaca por su sabiduría y profunda espiritualidad. Autor de varias obras, es recordado por la “*Scala Claustralium*”, también conocida como “*Scala Paradisi*”. El documento tiene forma de carta que el prior escribe a un hermano monje llamado Gervasio, al que trata de animar en la vida contemplativa. Constituye algo así como el acta fundacional de la *Lectio Divina* posterior, en forma por demás sistemática. Su sencillez no menoscaba en nada la solidez del planteamiento, al punto que el esquema que propone se sigue utilizando en este siglo XXI y, aún las variantes que a veces se proponen, están implícitas en la obra.

Inicia expresando su intención, que tiene que ver con la salud espiritual de sus monjes:

Decidí, por esto, mandarte algunas reflexiones mías sobre la vida espiritual de los monjes, a fin de que tú, que sabes más por tu experiencia que yo con mi estudio seas quien juzgues y corrijas mis pensamientos. Cierta día, durante el trabajo manual, había comenzado yo a reflexionar sobre el ejercicio espiritual del hombre, cuando de pronto se presentó a mi mente la escala de los cuatro grados espirituales: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Es esta la escala de los monjes por la cual suben éstos de la tierra al cielo (ScC, I).

Luego describe brevemente los cuatro pasos de este ascenso espiritual:

La “*lectura*” es la inspección cuidadosa de las Escrituras, realizada con espíritu atento. La “*meditación*” es el trabajo de la mente estudiosa que, con

la ayuda de la propia razón, investiga la verdad oculta. La “*oración*” es el impulso devoto del corazón hacia Dios pidiéndole que aleje los males y conceda los bienes. La “*contemplación*” es como una elevación sobre sí misma de la mente que, suspendida en Dios, saborea las alegrías de la eterna dulzura (ScC, II).

Y luego se detiene en las funciones que cada uno de estos peldaños desempeña y las relaciones que guarda con los demás:

La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada.

La meditación la descubre.

La oración la pide.

La contemplación la saborea.

La lectura pone como un sólido alimento en la boca.

La meditación lo mastica y desmenuza.

La oración percibe el gusto.

La contemplación es la dulzura misma que alegra y alimenta

.

La lectura es como la corteza.

La meditación, como la médula.

La oración, la petición de lo deseado.

La contemplación, el gozo de la dulzura ya alcanzada (ScC III).

.

Después ilustra cómo procede su método de lecturas orante proponiendo a la consideración de su interlocutor la frase de Jesús en el Evangelio de San Mateo: “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 5). Al concluir este detallado ejercicio ejemplarizante, él mismo hace una recapitulación para mejor dar a conocer su pensamiento:

En los ejemplos que anteceden puedes ver cómo los predichos grados se unen entre sí, y cómo se preceden unos a otros en el tiempo, y según un orden de causalidad.

La *lectura* aparece en primer lugar, como el fundamento. Ella proporciona la materia y nos lleva a la meditación.

La *meditación*, busca atentamente qué es aquello que debe ser deseado. Cavando, descubre un tesoro, y lo muestra, pero no puede alcanzarlo por sí misma, y nos remite a la oración.

La *oración*, alzándose con todas sus fuerzas hacia Dios, le pide el deseado tesoro: la suavidad de la *contemplación*.

Esta, cuando llega, recompensa el esfuerzo de las tres anteriores, embriagando el alma sedienta con la dulzura del rocío celestial.

La *lectura* es un ejercicio exterior.

La *meditación*, un acto de la inteligencia interior.

La *oración*, un deseo.

La *contemplación*, algo por encima de los sentidos.

El primero es el grado de los que comienzan.

El segundo, de los que progresan.

El tercero, de los devotos.

El cuarto, de los bienaventurados (ScC, XII).

Luego de recordar la humana debilidad y la necesidad de perseverar, para no retroceder en el ascenso espiritual hacia la gracia, concluye con una advertencia:

Existen cuatro razones por las que nos apartamos de estos grados: la necesidad inevitable, la utilidad de una buena obra, la humana debilidad, la vanidad mundana.

La primera razón excusa; la segunda es tolerable; la tercera es miserable; la cuarta culpable. (ScC, XV)

Finalmente recuerda la misericordia de Dios:

“Pero si por culpa de la humana debilidad cayéramos en tales cosas, no desesperemos, sino recurramos de nuevo al médico clemente que “levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre” (*Sal 112, 7*). Él, que no quiere la muerte del pecador, nos curará y nos sanará nuevamente” (ScC, ib).

Cuatrocientos años antes de la literatura mística del siglo de oro (S. XVI), con Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, y de manera por demás sencilla, Guigo el Cartujo propone a sus monjes un itinerario de ascenso espiritual basado en las Sagradas Escrituras. Sin minimizar en nada los esfuerzos de muchos por seguir los pasos trazados por los santos de Ávila, o por la espiritualidad de un San Ignacio de Loyola o de Santa Teresa de Lisieux, la *Lectio Divina* aparece como una herramienta fácilmente utilizable por quienes no han incursionado en profundidades teológicas o místicas, y están igualmente llamados a la santidad.

Tómese en cuenta que desde el surgimiento del monacato hasta la invención de la imprenta son los monjes quienes tienen acceso a las Sagradas Escrituras, encargándose muchos de ellos a su fiel copiado en largas horas de trabajo. Hoy en día todo bautizado tiene un muy fácil acceso a la Santa Biblia en su propio idioma, con referencias cruzadas, notas a pie de página, cuadros sinópticos y mapas. Y la mayoría de la población mundial está alfabetizada. El método de la *Lectio Divina* permite a todos los laicos, por comprometidos que estén en el mundo del trabajo, acercarse a la fuente de la revelación para ascender en los niveles de entendimiento de los divinos misterios y en su compromiso con la vida de la gracia a la que han sido llamados.

2.5- Propuestas de ampliación de los pasos.

Los cuatro pasos o escalones propuestos por Guigo el Cartujo han demostrado su solidez y vigencia hasta el día de hoy. No obstante, a lo largo del tiempo y, sobre todo cuando la *Lectio Divina* “sale” de los claustros, se han propuesto otros pasos, para que ésta no se convierta en un ejercicio exclusivamente individual o en asistencia pasiva a la conducción de un experto, por lo que se ha propuesto como ejercicio comunitario (*collatio*). Y para que termine en compromisos reales se ha propuesto que llegue a generar tareas concretas (*actio*).

A título de ilustración de estas tendencias se puede estudiar la propuesta hecha por el Instituto Fe y Vida (2004) para sus actividades de Pastoral Juvenil:⁵

ITINERARIO ESPIRITUAL CON LA <i>LECTIO DIVINA</i>	
1 STATIO (preparación)	La Palabra esperada Estoy a la espera; disposición interior; silencio; dispuesto a escuchar.
2 LECTIO (lectura)	La Palabra escuchada. Leo el texto con atención. Leer bien es escuchar en profundidad.
3 MEDITATIO (meditación)	La Palabra comprendida. El significado de la Palabra ¿Qué (me) dice? ¿Quién me dice?
4 ORATIO (oración)	Mi palabra responde a la Palabra. Se inicia mi diálogo con la Palabra. Oro con el texto y brota viva la oración.
5 CONTEMPLATIO (contemplación)	La Palabra encarnada. Epifanía. Ante la manifestación de Dios, me postro. Adoro en silencio ante la Palabra
6 DISCRETIO (discernimiento)	La Palabra esclarecedora Prolongo la escucha, discierno, analizo. Distingo cuál es la voluntad de Dios.
7 COLLATIO (intercomunicación)	La Palabra compartida Sopeso con otros mi respuesta a la Palabra. Dialogo con los hermanos.
8 ACTIO (respuesta)	La Palabra en acción La Palabra da fruto; se cumple, se realiza. Vida. Testimonio. Anuncio. Compromiso.

⁵ Institución para la pastoral juvenil de latinoamericanos en USA; nacido del Institute for Faith & Life

En una sección de sus documentos de formación, los vicentinos (2011) proponen los anteriores pasos y agregan dos más: la *consolatio* o consolación (entre la *contemplatio* y la *discretio*) y la *deliberatio* o deliberación/decisión (entre la *collatio* y la *actio*). Así los presentan:

La *consolatio* es el gozo de orar, es el sentir íntimamente el gusto de Dios, de las cosas de Cristo. Es un don que ordinariamente se produce en el ámbito de la *Lectio Divina*, aunque evidentemente el Espíritu Santo es libre de concederlo a quien quiera.

La *deliberatio*: de la experiencia interior de la *consolatio* o de la *discretio* aprendemos a consultar y a decidir, según Dios. Si analizamos atentamente las opciones vocacionales, nos damos cuenta de que siguen, aunque sea inconscientemente este proceso. La vocación es, efectivamente, una decisión tomada a partir de lo que Dios ha hecho sentir y de la experiencia que de ello se ha tenido según los cánones evangélicos” (Pasos 6 y 9).

De todo lo anterior muchos movimientos están escogiendo el esquema que más se adapta a la naturaleza del grupo y a las necesidades de sus integrantes. Más adelante se verá que se pide poner atención a la preparación (*statio*), se favorece la práctica comunitaria (*collatio*) y se recomienda pasar de las buenas intenciones a la acción (*actio*). La primera antecede a los cuatro pasos o grados, la última es una realización posterior a ellos y la segunda es en realidad una estrategia de participación activa.

Capítulo III

APORTES TEOLÓGICOS Y PONTIFICIOS A LA COMPRENSIÓN Y PRÁCTICA ACTUAL DE LA *LECTIO DIVINA*.

3.1 Aportes Teológicos

Se toman en consideración algunos aportes teológicos a la *Lectio Divina* –o a sus supuestos- posteriores a Guigo el Cartujo, directa o indirectamente relacionados con ella, tratándose de reflexiones sobre la Escritura, la meditación, la oración o la vida espiritual, capaces de aportar luces para una mejor comprensión de la *Lectio Divina* o sugerencias aplicables a su práctica. Posteriormente se revisarán los aportes pontificios al respecto.

3.1.1 Tomás de Aquino

En el Doctor Angélico encontramos dos afirmaciones fundamentales, íntimamente interrelacionadas, que justifican plenamente el por qué hacer *Lectio Divina*: 1) “*auctor Sacrae Scripturae est Deus*” (SummaTheologica, 1,q.1, a.10, c) y 2) “*auctor principales Sacrae Scripturae est Spiritus Sanctus*” (Quodlibet. VII, q. 6, a. 14, ad 5). Efectivamente, si más allá de los hagiógrafos, se tiene la certeza de que el autor de la Sagrada Escritura es Dios –y más específicamente- el Espíritu Santo, por revelarse mediante inspiración- se llega a dos características esenciales de la Escritura: la inerrancia y la profundidad. No está en la inteligencia divina el error ni en su voluntad el inducir a equivocación. No sólo están contenidas en ellas verdades, sino que éstas son profundas, trascendentales.

Con sus propias fuerzas el ser humano ha obtenido tan sólo una vaga noción de Dios. La revelación divina viene en ayuda nuestra, por eso nadie puede con verdad hablar o pensar acerca de Dios sino en cuanto Él lo ha revelado: «*Solí*

autem Deo convenit perfecte cognoscere se ipsum secundum id quod est. Nullus igitur potest vere loqui de Deo ve! Cogitare nisi in quantum a Deo revelatur» (In De Div. Nom., c. 1, lect. 1, n. 13).

Advierte que no es un revelación exclusiva para Teólogos, a lo que se puede agregar que la revelación no se refiere al Dios de los Filósofos de que hablaba Pascal, pues afirma: «ningún filósofo, antes de la venida de Cristo, pudo saber acerca de Dios y de las cosas necesarias para la vida eterna, lo que después de su venida sabe cualquier viejecilla por medio de la fe» «*Quia nullus philosophorum ante adventum Christi cum toto conatu suo potuit tantum scire de Deo et de necessariis ad vitam aeternam, quantum post adventum Christi scit una vetula per fidem*» (In Symb. Apost., prologus, n. 862).

Según esto, debemos tener la convicción, al hacer *Lectio Divina*, que es Dios mismo quien nos habla y nos interpela, al que debemos responder con la oración y la acción.

3.1.2 Juan Duns Escoto

Al estudiar la contribución de Duns Escoto a la reflexión teológica, Su Santidad Benedicto XVI (2008) afirmó:

Muy firme en la fe católica, se esforzó por comprender, explicar y defender la verdad de la fe a la luz de la razón humana. Por eso, lo único que pretendió fue demostrar la armonía de todas las verdades, naturales y sobrenaturales, que brotan de una única fuente.

Al lado de la Sagrada Escritura, divinamente inspirada, se sitúa la autoridad de la Iglesia. Duns Scoto parece seguir el dicho de san Agustín: "No creería en el Evangelio, si antes no creyera en la Iglesia" (id., *Ordinatio I*, d. 5, n. 26, ed. Vat. IV, 24-25). En efecto, nuestro doctor a menudo pone de relieve la autoridad suprema del Sucesor de Pedro. Por consiguiente, la Iglesia católica, que tiene como cabeza invisible a Cristo mismo, el cual dejó

como vicarios a san Pedro y sus sucesores, guiada por el Espíritu de verdad, es custodia auténtica del depósito revelado y regla de la fe. La Iglesia es criterio firme y estable de la canonicidad de la Sagrada Escritura pues "es ella la que estableció de forma autorizada cuáles son los libros que forman el canon de la Biblia" (id., *Ordinatio I*, d5, n.26, ed. Vat. IV, p.25). En otro lugar afirma que "las Escrituras han sido expuestas con el mismo Espíritu con el que fueron escritas, y así se debe considerar que la Iglesia católica las presentó con el mismo Espíritu con que se ha transmitido la fe, es decir, instruida por el Espíritu de verdad" (*ib.*, IV, d.11, q.3, n.15, ed. Vat. IX, p. 181).

De aplicar estos criterios del Escoto a la *Lectio Divina*, queda claro que no se debe hacer de ella un ejercicio aislado de interpretación personal, al modo que enseñan las iglesias de la Reforma. Se debe recurrir siempre a la guía y magisterio de la Iglesia, para entender las Sagradas Escrituras. Esta doctrina fue claramente reiterada por el Concilio de Trento:

Decreta que nadie, apoyado en su prudencia, sea osado a interpretar la Escritura Sagrada, en materias de fe y costumbres, que pertenecen a la edificación de la doctrina cristiana, retorciendo la misma Sagrada Escritura conforme al propio sentir, contra aquel sentido que sostuvo y sostiene la santa madre Iglesia, a quien atañe juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Escrituras Santas, o también contra el unánime sentir de los Padres, aun cuando tales interpretaciones no hubieren de salir a luz en tiempo alguno. (*Sesión IV, abril 1546, ex Denzinger*)

Y por el Concilio Vaticano I:

[De la interpretación de la Sagrada Escritura]. Mas como quiera que hay algunos que exponen depravadamente lo que el santo Concilio de Trento, para reprimir a los ingenios petulantes, saludablemente decretó sobre la

interpretación de la Escritura divina, Nos, renovando el mismo decreto, declaramos que su mente es que en materias de fe y costumbres que atañen a la edificación de la doctrina cristiana, ha de tenerse por verdadero sentido de la Sagrada Escritura aquel que sostuvo y sostiene la santa madre Iglesia, a quien toca juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Escrituras santas; y, por tanto, a nadie es lícito interpretar la misma Escritura Sagrada contra este sentido ni tampoco contra el sentir unánime de los Padres. (*Constitución Dogmática sobre la fe católica, cap.3, en Dezinger DS*)

Así como por el Concilio Vaticano II:

El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer.

Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas. (DV, 10)

3.1.3 José María Grignon de Monfort.

Es pertinente citar lo que escribe en 1703 sobre el conocimiento de la eterna sabiduría:

¿Podemos amar lo que se conoce solo imperfectamente? ¿Por qué amamos tanto la Sabiduría eterna y encarnada, el adorable Jesús? Porque no lo sabes en absoluto o muy poco. No hay casi nadie que estudie lo que se necesita, con el Apóstol, la ciencia eminente de Jesús: la más noble, dulce, útil y necesaria entre las ciencias y el conocimiento del cielo y la tierra. Este conocimiento es también el más útil y necesario, porque la vida eterna consiste en conocer a Dios y a su Hijo Jesucristo. ¿Realmente queremos tener vida eterna? Aprendamos a conocer la Sabiduría eterna. ¿Queremos tener la perfección de la santidad en este mundo? Tratemos de conocer a la Sabiduría. ¿Queremos plantar la raíz de la inmortalidad en nuestros corazones? Tenemos en el espíritu el conocimiento de la Sabiduría. Conocer a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saber lo suficiente. Saber todo y no conocerlo es no saber nada (El amor de la Sabiduría Eterna, 11).

La espiritualidad de Grignon de Monfort exige el conocimiento de Dios y su misterio, y en particular de Jesucristo y su plan de salvación, para alcanzar la perfección que conduce a la santidad. La *Lectio Divina* es una herramienta eficaz de primerísima importancia en este esfuerzo del alma hacia Dios.

3.1.4 Marie Dominique Chénu

Este teólogo contemporáneo da ánimos a quienes sienten que la tarea de escudriñar la Palabra de Dios es sumamente difícil, y que tan sólo un puñado de privilegiados podrán hacerlo. El teólogo bíblico y otros científicos lingüistas, historiadores, arqueólogos y otros, ayudarán ciertamente en esta tarea, pero que nos consuele que Dios habla el lenguaje que podemos entender. En efecto, Chénu (1964) escribe: “Dado que la palabra de Dios se expresó en lenguaje humano, conforme a las palabras, frases, imágenes, estructura, géneros literarios de la palabra humana, esta 'escritura divina' encontrará sus formas de inteligibilidad a través de la interpretación de palabras, frases. y figuras, de los géneros literarios del lenguaje humano”.

3.1.5 Pauline Viviano

Esta teóloga analizó (2010) el desarrollo del Sínodo de 2008 sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. Al analizar el contexto y los antecedentes de tan señalado evento, afirmaba:

Aunque se está debatiendo intensamente en nuestros días si el Vaticano II constituye una continuidad con el pasado o una ruptura radical, una cosa es clara: antes del Vaticano II no se animaba a los católicos a leer la Biblia por sí mismos, pero a partir de él, no sólo se les animó a leerla, sino también a estudiarla y a orar con ella. Esto representó para los biblistas católicos un cambio muy bien acogido, el fruto de sus esfuerzos de mediados del siglo XX, pero para los fieles laicos implicaba introducirse en un nuevo territorio para el que estaban pésimamente preparados.

Es altamente probable que tenga razón, tanto en lo que se refiere a los biblistas como lo dicho sobre los laicos y su preparación. Esta es una razón de más para dar una respuesta pastoral a tal carencia.

3.2 Documentos Pontificios

3.2.1 S.S.Pio XII (1943) *Divino Afflante Spiritu*

Aunque se acepte que el Concilio Vaticano II constituye un parteaguas, en cuanto a la vinculación de los laicos con la Santa Biblia, esto no quiere decir que desde Roma se haya guardado silencio sobre el particular. Sin pretender elaborar una extemporánea e inútil justificación, algunas condiciones objetivas estaban dadas para esa aparente apatía de los fieles por las Escrituras. Por una parte el texto oficial de la Biblia para los católicos seguía siendo La Vulgata, mientras en la culta Europa el latín ya no se hablaba y se estudiaba cada vez menos y era un gran

desconocido en otros continentes. Los latines era asunto de curas, monasterios y de lo más docto de algunas profesiones como médicos, abogados o biólogos. Por otra parte, hay que esperar el siglo XIX para empezar a ver disminuir, en serio, la tasa de enorme analfabetismo en la casi totalidad de naciones. Y la imprenta fue un invento de muy lenta introducción inicial.

Ante el desarrollo del protestantismo y su doctrina de “*Sola Scriptura*”, los papas post-tridentinos se esforzaron, sobre todo entre el siglo XVI y el XVIII, para que en toda la cristiandad hubiese seminarios, donde era necesario dedicar muchas horas a los estudios bíblicos. Mientras tanto los papas del siglo XIX y el Concilio Vaticano I luchaba por hacer ver la imperiosa necesidad de vincular la Escritura con la Tradición y con el Magisterio de la Iglesia. Pero antes de que los padres conciliares tomaran sus asientos en el Vaticano II, el Papa Pio XII se anticipaba con algunos lineamientos de esta encíclica, que coincidirían con el Concilio.

Los sagrados libros no se los dio Dios a los hombres para satisfacer su curiosidad o para suministrarles materia de estudio e investigación, sino, como lo advierte el Apóstol, para que estos divinos oráculos nos pudieran *instruir para la salud por la fe que es en Cristo Jesús y a fin de que el hombre de Dios fuese perfecto y estuviese apercebido para toda obra buena* (cf. *2Tim 3,15.17*). Los sacerdotes, pues, a quienes está encomendado el cuidado de la eterna salvación de los fieles, después de haber indagado ellos con diligente estudio las sagradas páginas y habérselas hecho suyas con la oración y meditación, expongan cuidadosamente estas soberanas riquezas de la divina palabra en sermones, homilías y exhortaciones; confirmen asimismo la doctrina cristiana con sentencias tomadas de los sagrados libros, ilústrenla con preclaros ejemplos de la historia sagrada, y expresamente del Evangelio de Cristo Nuestro Señor, y todo esto evitando con cuidado y diligencia aquellas acomodaciones propias del capricho individual y sacadas de cosas muy ajenas al caso, lo cual no es uso, sino abuso de la divina palabra,

expónganlo con tanta elocuencia, con tanta distinción y claridad, que los fieles no sólo se muevan y se inflamen a poner en buen orden su vida, sino que conciban también en sus ánimos suma veneración a la Sagrada Escritura”(DAS, 31).

Y el Papa tenía claro que de hacerse así, esto supondría un ascenso en el itinerario espiritual de los laicos:

Apaciéntense también con este mismo manjar las mentes de los fieles, para sacar de él conocimiento y amor de Dios y el propio aprovechamiento y felicidad de sus almas Entréguese, pues, de todo corazón a este negocio los expositores de la divina palabra. «Oren para entender»_trabajen para penetrar cada día con más profundidad en los secretos de las sagradas páginas; enseñen y prediquen, para abrir también a otros los tesoros de la palabra de Dios (DAS 34).

3.2.2 Concilio Vaticano II

El Segundo Concilio del Vaticano se empeñó en cumplir cuatro objetivos: “Este sacrosanto Concilio se propone (1) acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, (2) adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio, (3) promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y (4) fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia” (SC1).⁶

Los cuatro objetivos tienen que ver con una mejor espiritualidad del laico, con el auxilio de la Santa Palabra. En efecto, el primer objetivo apunta directamente al acrecentamiento de la vida espiritual de los fieles. El segundo también, porque al adaptar instituciones tendría que generar cambios en seminarios, centros de investigación y parroquias, como en efecto ha sucedido y sigue aconteciendo. El tercero es de carácter ecuménico, lo que pone al católico en contacto con iglesias

⁶ Esta numeración de objetivos no aparece en el texto original.

cuya norma máxima es la Sagrada Escritura. El cuarto tiene que ver con la Evangelización, la que debe hacerse con la Escritura muy presente y el testimonio de vida.

El Concilio aprobó la Constitución *Dei Verbum*, sobre la Divina revelación (1965), que hace, al inicio, estas reflexiones:

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación (DV, 2).

Es ésta una excelente síntesis de lo que es la Divina Revelación y de lo que representa: Dios nos habla y nos invita a conversar con Él. Esto se puede lograr cada vez que hacemos con disciplina, piedad y amor la *Lectio Divina*.

Con la Sagrada Escritura alimentamos ciertamente la vida espiritual:

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige

con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la Palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados (DV, 21).

La Constitución señala, a este respecto el papel de los clérigos:

Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte "predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior", puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina (DV, 25).

Y el papel de los laicos, uniendo la lectura y la meditación, a la oración y al compromiso:

De igual forma el Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan "el sublime conocimiento de Jesucristo", con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. "Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo". Lléguese, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la Sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los Pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se

entable diálogo entre Dios y el hombre; porque "a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas (DV, 25).

3.2.3- S.S. Pablo VI (1975) *Evangelii Nuntiandi*

En su Exhortación Apostólica, a diez años de la promulgación de la *Dei Verbum*, el Papa Pablo VI se hace tres preguntas cruciales, que la misma exhortación empezará a contestar. Si bien el texto gira alrededor de los evangelios, casi todo lo que aquí se dice es aplicable a la totalidad de la sagrada Escritura:

¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?

¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy?

¿Con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz?

Estas preguntas desarrollan, en el fondo, la cuestión fundamental que la Iglesia se propone hoy día y que podría enunciarse así: después del Concilio y gracias al Concilio que ha constituido para ella una hora de Dios en este ciclo de la historia, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia? (EN, 4).

La solicitud pastoral del pontífice es evidente: la Iglesia está llamada a que cada uno de sus miembros, en especial la muchedumbre de laicos que constituyen la casi totalidad del Pueblo de Dios, aproveche eficazmente todo el tesoro que contienen los Evangelios, para dar respuesta adecuada a los problemas del presente, empezando por la transformación personal. La aptitud de la Iglesia para apoyar esta imprescindible tarea podría pasar por la revisión de los métodos y estrategias que se utilizan a la hora de leer la Biblia con el propósito de buscar en ella la guía, la orientación que se precisa. ¿Cómo no ver las bondades que a este

respecto ofrece la metodología –tanto procesal como espiritual- implícita en la *Lectio Divina*?

3.2.4 S.S. Benedicto XVI (2010) Verbum Domini

En esta Exhortación Apostólica postsinodal, el pastor y el teólogo se unen en una reflexión profunda. Se trata de un texto cimero sobre el papel de la Escritura tanto en la vida de la Iglesia, como sobre todo en el crecimiento espiritual de cada bautizado, que se encuentra y dialoga con el Señor Jesús. Son muchos y diversos los temas tratados. Aquí se mencionan unos cuantos, por estar más relacionados con la cuestión que nos ocupa.

Pese a su sapiencia teológica, o quizá precisamente gracias a ella, invita a trascender la comprensión literal de la lectura, para llegar a los niveles espirituales donde sí será posible entablar un diálogo con Dios, con los beneficios que ello conlleva:

Para restablecer la articulación entre los diferentes sentidos escriturísticos es decisivo comprender *el paso de la letra al espíritu*. No se trata de un paso automático y espontáneo; se necesita más bien trascender la letra: «De hecho, la Palabra de Dios nunca está presente en la simple literalidad del texto. Para alcanzarla hace falta trascender y un proceso de comprensión que se deja guiar por el movimiento interior del conjunto y por ello debe convertirse también en un proceso vital». ...San Pablo vivió plenamente en su propia existencia este paso: «*la pura letra mata y, en cambio, el Espíritu da vida*» (2 Co 3,6)[VD, 28].

Se preocupa, con razón, en las interpretaciones fundamentalistas que del texto sagrado puedan hacerse. En los medios electrónicos abundan esta clase de interpretaciones, y muchos católicos acceden a ellas sin advertir su procedencia.

En algunas celebraciones de Lectio Divina se han dado razonamientos de esta clase. Al respecto, escribe, en forma por demás contundente:

La atención que hemos querido prestar hasta ahora al tema de la hermenéutica bíblica en sus diferentes aspectos nos permite abordar la cuestión, surgida más de una vez en los debates del Sínodo, de la interpretación fundamentalista de la Sagrada Escritura. Sobre este argumento, la Pontificia Comisión Bíblica, en el documento *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, ha formulado directrices importantes. En este contexto, quisiera llamar la atención particularmente sobre aquellas lecturas que no respetan el texto sagrado en su verdadera naturaleza, promoviendo *interpretaciones subjetivas y arbitrarias*. En efecto, el «literalismo» propugnado por la lectura fundamentalista, representa en realidad una traición, tanto del sentido literal como espiritual, abriendo el camino a instrumentalizaciones de diversa índole, como, por ejemplo, la difusión de interpretaciones antieclesiales de las mismas Escrituras. El aspecto problemático de esta lectura es que, «rechazando tener en cuenta el carácter histórico de la revelación bíblica, se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la Encarnación misma. El fundamentalismo rehúye la estrecha relación de lo divino y de lo humano en las relaciones con Dios... Por esta razón, tiende a tratar el texto bíblico como si hubiera sido dictado palabra por palabra por el Espíritu, y no llega a reconocer que la Palabra de Dios ha sido formulada en un lenguaje y en una fraseología condicionada por una u otra época determinada (VD, 44).

Se congratula porque el reciente sínodo sobre “*La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia*” desea promover celebraciones de la Palabra en las iglesias locales y parroquiales. Entre ellas quedaría incluida la práctica de la *Lectio Divina*. Las celebraciones litúrgicas o para litúrgicas permitirán a los fieles oír y meditar la Palabra, así como orar desde ella y animar su vida espiritual:

Los Padres sinodales han exhortado a todos los pastores a promover momentos de *celebración de la Palabra* en las comunidades a ellos confiadas: son ocasiones privilegiadas de encuentro con el Señor. Por eso, dicha práctica comportará grandes beneficios para los fieles, y se ha de considerar un elemento relevante de la pastoral litúrgica. Estas celebraciones adquieren una relevancia especial en la preparación de la Eucaristía dominical, de modo que los creyentes tengan la posibilidad de adentrarse más en la riqueza del Leccionario para orar y meditar la Sagrada Escritura, sobre todo en los tiempos litúrgicos más destacados. ...Además, se recomienda encarecidamente la celebración de la Palabra de Dios en aquellas comunidades en las que, por la escasez de sacerdotes, no es posible celebrar el sacrificio eucarístico en los días festivos de precepto. ..., De este modo, se favorecerá en estos casos la celebración de la Palabra que alimente la fe de los creyentes, evitando, sin embargo, que ésta se confunda con las celebraciones eucarísticas; es más, «deberían ser ocasiones privilegiadas para pedir a Dios que mande sacerdotes santos según su corazón (VD, 65)

Benedicto XVI subraya luego la relación entre la Sagrada Escritura y la vocación a la santidad de los fieles laicos:

Jesús, en el *Evangelio de Mateo*, dice que «el campo es el mundo. La buena semilla son los ciudadanos del Reino» (Mt 13,38). Estas palabras valen particularmente para los laicos cristianos, que viven su propia vocación a la santidad con una existencia según el Espíritu, y que se expresa particularmente «en su *inserción en las realidades temporales* y en su *participación en las actividades terrenas*». Se ha de formar a los laicos a discernir la voluntad de Dios mediante una familiaridad con la Palabra de Dios, leída y estudiada en la Iglesia, bajo la guía de sus legítimos Pastores (VD, 84).

La exhortación dedica una amplia reflexión a la *Lectio Divina*, que reflejan la importancia que logró este tema en el sínodo y el interés del Santo Padre por su desarrollo:

El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la *Lectio Divina*. En efecto, la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana. Con ello, los Padres sinodales han seguido la línea de lo que afirma la Constitución dogmática *Dei Verbum*. ...La reflexión conciliar pretendía retomar la gran tradición patristica, que ha recomendado siempre acercarse a la Escritura en el diálogo con Dios. Como dice san Agustín: «Tu oración es un coloquio con Dios. Cuando lees, Dios te habla; cuando oras, hablas tú a Dios». Orígenes, uno de los maestros en este modo de leer la Biblia, sostiene que entender las Escrituras requiere, más incluso que el estudio, la intimidad con Cristo y la oración. En efecto, está convencido de que la vía privilegiada para conocer a Dios es el amor, y que no se da una auténtica *scientia Christi* sin enamorarse de Él (VD, 86)

El autor, acercándose al espíritu de la “*collatio*” favorece la lectura y el análisis comunitario, que es lo característico de lo eclesial;

Se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno, pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia. Por tanto, hemos de *acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial* (VD, ib.).

Se propone no desvincular la *Lectio Divina* del correspondiente tiempo litúrgico, así como para profundizar en la vinculación entre Liturgia de la Palabra y Liturgia Eucarística:

La lectura orante personal y comunitaria prepara, acompaña y profundiza lo que la Iglesia celebra con la proclamación de la Palabra en el ámbito litúrgico. Al poner tan estrechamente en relación *lectio* y liturgia, se pueden entender mejor los criterios que han de orientar esta lectura en el contexto de la pastoral y la vida espiritual del Pueblo de Dios (VD, 87).

Los padres sinodales escogieron la *Lectio Divina* como el método privilegiado para acercarse al texto sagrado:

En los documentos que han preparado y acompañado el Sínodo, se ha hablado de muchos métodos para acercarse a las Sagradas Escrituras con fruto y en la fe. Sin embargo, se ha prestado una mayor atención a la *lectio divina*, que es verdaderamente «capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente (VD, ibídem).

Y concluye el Santo Padre destacando la importancia de llegar a cosechar frutos concretos de la *Lectio Divina*, pues de lo que se trata es de vivir conforme a lo que Dios nos dice y pide:

Conviene recordar, además, que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad (VD, ibidem).

3.2.5- S.S. Francisco (2013) *Evangelii Gaudium*

Esta exhortación Apostólica, que muchos califican como el ideario y plan de trabajo del Papa Francisco, tiene como tema central el proceso de evangelización y no el Evangelio o las Escrituras. Pero contiene valiosas referencias al tema que se examina.

Se parte de una afirmación que no sólo da título al documento, sino que vertebra todo lo que en él se dice y que podría extenderse a toda la revelación, por contener también otras buenas nuevas y estar toda ella referida a la persona de Jesucristo;

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (EG, 1).

A partir de la caracterización de la parroquia como el ámbito de la escucha de la Palabra, de la celebración y del crecimiento de la vida espiritual, se puede colegir perfectamente que es también ámbito propicio para la práctica de la *Lectio Divina* y que ésta es una herramienta eficaz de una Iglesia en salida:

Que [la parroquia] realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración (EG, 26).

Hay en el Evangelio y en el resto de la revelación verdades más fundamentales y fundamentadoras, a las que se debe dar la necesaria mayor importancia, Esto hay que tenerlo presente a la hora de seleccionar un texto para la *Lectio Divina*:

Todas las verdades reveladas proceden de la misma fuente divina y son creídas con la misma fe, pero algunas de ellas son más importantes por expresar más directamente el corazón del Evangelio. En este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado. En este sentido, el Concilio Vaticano II explicó que «hay un orden o “jerarquía” en las verdades en la doctrina católica, por ser diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana» (EG, 36)

La revelación que leemos, meditamos y aplicamos al mejoramiento de nuestras vidas, contiene una verdad nuclear, que en ningún momento de acercamiento a las Sagradas Escrituras, a las prácticas culturales o al vivir cristianamente con nuestro prójimo se debe olvidar:

La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia «en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles» (Ap 17,14). Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la

resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva! (EG, 278).

Capítulo IV

PROPUESTA PASTORAL: LA *LECTIO DIVINA* EN EL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL LAICO

4.1- El itinerario espiritual del laico

Todo bautizado forma parte del Pueblo de Dios. Como tal está llamado por Dios mismo a tener una intimidad con Él. En la Primera Alianza también los israelitas recibieron un llamado semejante, tal y como se lee en el Segundo Discurso de Moisés: “Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahveh tu Dios” (Dt 7, 6). De modo semejante se refiere la Escritura al pueblo de la Nueva Alianza: “Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1Pe 2,9). Esa luz admirable es el estado de gracia, la santidad, tratando de alcanzar la perfección humana, a semejanza del Padre que tiene la plena perfección divina (Cf Mt 5, 48), buscando la más genuina unión con Cristo y aceptando las luces del Espíritu Santo.

Por bautismo todos los fieles son hechos hijos de Dios, y por tanto, herederos de la promesa. Entran a formar parte de su Iglesia y, ungidos, pasan a ser miembros de Cristo. Hay que luchar para preservar ese estado sin mancha, caminando como hijos de la luz, para encontrarse con Cristo en la vida eterna. El ritual del bautismo contiene una invitación, -podría decirse toda una agenda- para la santidad:

(A *la crismación*:) Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha liberado del pecado y dado nueva vida por el agua y el Espíritu Santo, te consagre con el crisma de la salvación para que pases a formar

parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo: sacerdote, profeta y rey. (*A la imposición de vestidura blanca:*) Eres ya nueva creatura y has sido revestido de Cristo. Esta vestidura blanca sea signo de tu dignidad de cristiano. Ayudado por la palabra y el ejemplo de los tuyos, consévala sin mancha hasta la vida eterna. (*A la entrega del cirio:*) Que, iluminado por Cristo, camines siempre como hijo de la luz y, perseverando en la fe, puedas salir con todos los santos al encuentro del Señor.

4.1.1 El fin de un eclipse

El día de Pentecostés la Iglesia, formada ya por los apóstoles y los discípulos, se incrementó en unas tres mil almas (Hch 2,41). Pedro les acababa de explicar: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo, pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro.» (Hch 2,38-39). Se aumentó así el número de los laicos.

Poco a poco se fueron consagrando y organizando los ministerios consagrados, para el servicio pastoral. Todos estaban invitados a poner su condición y sus carismas al servicio de toda la Iglesia. No se subraya la distinción entre quién es clérigo y quién no lo es.

A mediados del siglo II, Justino de Roma explica al emperador Marco Aurelio qué ocurría en las reuniones de cristianos, que reunían por igual a patricios, ciudadanos y esclavos:

Los que creen en la verdad de nuestras enseñanzas y de nuestra doctrina, prometen en primer lugar vivir según esta ley. Entonces nosotros les enseñamos a orar y a rogar a Dios, con el ayuno y el perdón de sus pecados, y nosotros mismos ayunamos y oramos con ellos. Después les

llevamos a un lugar donde hay agua y allí, del mismo modo que nosotros hemos sido regenerados, son regenerados ellos. En nombre de Dios, Padre y maestro de todas las cosas, de Jesucristo, nuestro salvador, y del Espíritu Santo, son lavados en agua. Porque Cristo ha dicho «Si no volvéis a nacer de nuevo, no entraréis en reino de los cielos». He aquí la doctrina que nos han transmitido los Apóstoles sobre esta materia (Apología Primera, 61).⁷

En el siglo IV, Cirilo de Jerusalén, siguiendo una tradición que viene de San Pablo, llama a los fieles “los santos”. Al explicar la celebración eucarística y el momento de comulgar, escribe:

Entonces el sacerdote dice «A los santos, las cosas santas». Pero vosotros decís: «Un solo santo, un solo Señor Jesucristo». Ya que no hay más que uno que sea santo por naturaleza; si también nosotros somos santos, no lo es por naturaleza, sino por participación, por ejercicio y por oración (Catequesis Mistagógica, 5, 11).⁸

A medida que se fue cristianizando Europa y avanzó la Edad Media, el poder temporal de la Iglesia fue creciendo, en el marco de un modo de producción feudal. El Papa y los obispos pasaron a ser señores, dueños de territorios y hasta de ejércitos. Muchos de ellos no fueron modelo de vida evangélica para los fieles, aunque siempre, en cada siglo, hubo santos pastores, religiosos y religiosas. El concepto de Iglesia se desnaturalizó un tanto y los laicos “se eclipsaron”, es decir, pasaron a vivir a la sombra de la Iglesia; muchos ya no sentían ser Iglesia, aunque “asistían” a la Iglesia. Yves Congar (*Jalons*, 1953) llama a este fenómeno “*Momento de decadencia del laicado*”. Es incluso posible que se haya empezado a creer que la santidad no era asunto para el común de los mortales.

⁷ Citado en Hamman, A. “Guía breve de los Padres de la Iglesia”, p. 35-36

⁸ Citado en Hamman, A. “Guía breve de los Padres de la Iglesia”, p. 197

Todos los santos que se sucedieron en el reclamo por una reforma a la Madre Iglesia, tenían a su favor la muy clara y radical predicación del Señor Jesús. Y esto dio origen incluso a otros reformadores que se separaron de la Iglesia.

Es de destacar que el Concilio de Trento se dirige primero a los fieles y luego a los clérigos y religiosos. Su exhortación, más allá de su contenido y léxico de carácter penitencial, no deja de ser un llamado a la santidad de vida:

El Sacrosanto Concilio de Trento, congregado legítimamente en el Espíritu Santo, ...ha resuelto y decretado exhortar a todos, y cada uno de los fieles cristianos congregados en Trento, como a presente los exhorta a que procuren enmendarse de los males y pecados hasta el presente cometidos, y que procedan en adelante con temor de Dios, sin condescender a los deseos de la carne, perseverando según cada uno pueda en la oración, confesando a menudo, frecuentando las iglesias y en fin, cumpliendo los preceptos divinos, y rogando además de esto a Dios todos los días en sus oraciones secretas por la paz de los Príncipes cristianos, y por la unidad de la Iglesia (Dezinger/ Acta de la segunda sesión).

Sin embargo, Trento no desarrolla una teología del laicado ni propone, por consiguiente, una espiritualidad que le sea propia. Del siglo XVI hasta el XIX el laico parece “bautizado de segunda clase”, si se quiere subrayar una tendencia quizá no exclusiva, pero ciertamente dominante.

4.1.2 El laico en el pensamiento anterior al Vaticano II

La Acción Católica inició su andadura bajo Pío IX, que fue alentada luego por San Pío X. Le tocaría a Pío XI organizarla a escala mundial y definir más puntualmente el conjunto de tareas que habrían de integrar su apostolado.

S.S. Pío XI, en su carta encíclica *“Ubi Arcano Dei Consilio”* (1922) expresa: “Decid a vuestros fieles del laicado que cuando ellos, junto con sus sacerdotes y sus obispos, participan en las obras de apostolado individual y social, para dar a conocer y amar a Jesucristo, entonces más que nunca son "la raza elegida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo que Dios ha adquirido (Cf. I P II, 9) [UADC, p.3].

Come se observa, se empieza a recuperar la noción de Pueblo de Dios y se reconoce que el laico puede desarrollar un apostolado, en comunión con sus pastores.

En la encíclica *“Mens Nostra”* sobre los ejercicios espirituales (1929), escribe:

Siguiendo, pues, las huellas de estos Pontífices⁹, hemos juzgado oportuno hacer también Nos algo, aconsejando una práctica excelente, de la cual esperamos que el pueblo cristiano sacará muchísimo y extraordinario provecho. Nos referimos a la práctica de los Ejercicios Espirituales, que deseamos ardientemente se promueva y difunda más y más cada día, no sólo en ambos cleros, sino también entre las agrupaciones de seglares católicos, y que nos complacemos en dejar a nuestros amados hijos como recuerdo de nuestro Año Jubilar (MN, 4).

Aquí se destaca una preocupación por el itinerario espiritual de los laicos, al tiempo que se observa que ya empiezan a tener organización y estructuras

⁹Se refiere a algunos de sus predecesores.

propias. La espiritualidad del laico aparece claramente indispensable si éste va a cooperar en el apostolado:

Nos, venerables hermanos, enseñados por el magisterio de la historia, consideramos y celebramos los sagrados retiros de los Ejercicios como Cenáculos —alzados como por inspiración divina— donde los corazones generosos, fortalecidos por la gracia, ilustrados por las verdades eternas y alentados por los ejemplos de Cristo, no sólo conocerán claramente el valor de las almas y se encenderán en deseos de salvarlas en cualquier estado de vida en que, después de diligente examen, crean que deben servir a su Creador, sino que, además, aprenderán plenamente el celo, los medios, los trabajos y las arduas empresas del apostolado cristiano [MN, 7].

Por su parte S.S. Pío XII decía (febrero, 1946), inaugurando una nueva Eclesiología, con ocasión de su discurso a los nuevos cardenales:

Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, *no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia*; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos *son la Iglesia* [21].

Es menester citar también el trabajo de algunos teólogos del siglo XX antes del Concilio, que ya revisaban el papel que debería darse a los laicos en la Iglesia. Lo que se convertiría luego en una teología del laicado inició como unas reflexiones sobre la Iglesia, y sobre la relación de ésta con el mundo secular, que habrían de influir poderosamente en la doctrina conciliar.

A riesgo de ser injustos con otros aportes, es preciso recordar aquí a una serie de teólogos franceses, varios de los cuales asesoraron a los Padres conciliares y se dedicaron luego a ampliar sus reflexiones tanto en sus cátedras de teología como en revistas, particularmente en “*Concilium*”. Nombres como Henry de Lubac, Jean Daniélou, Marie Dominique Chenu, Yves Congar y Paul Guilmot están asociados a lo que se convertiría en una especie de “rescate del laico” en el seno de la Madre Iglesia.

Quizá es la obra del dominico Congar la más significativa. Su libro “*Jalons pour une Theologie du Laïcat* (Hitos para una Teología del Laicado) ha merecido un profundo análisis de parte de Pellitero (1996), de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

4.1.3 La iluminación del Vaticano II

Lumen Gentium

La Constitución Dogmática sobre la Iglesia consagra la doctrina de que los laicos no son simplemente asistentes a una iglesia, sino que son Iglesia. Y ellos son la inmensa mayoría de los bautizados que integran el Pueblo de Dios. Por eso decidieron los Padres Conciliares que, luego de hablar del misterio de la Iglesia, su siguiente capítulo estuviese dedicado a este Pueblo de Dios y no a la jerarquía eclesiástica, como proponía el correspondiente *Instrumentum Laboris*:

Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. *Hb* 5,1-5), de su nuevo pueblo «hizo... un reino y sacerdotes para Dios, su Padre» (*Ap* 1,6; cf. 5,9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. *1P* 2,4-10) [LG, 10].

Los laicos viven en el mundo, es decir, se ocupan de lo temporal, pero son heraldos del espíritu evangélico en su medio, siendo corresponsables de la salvación del mundo:

A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento [LG, 31]

Obviamente, quien está llamado a contribuir a la santidad del mundo, debe recorrer también todo un itinerario espiritual que le conduzca a la santidad:

En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: «Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1Ts 4,3; cf. Ef 1,4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles [LG. 39].

Pero para buscar la santidad, los laicos no precisan abandonar sus ocupaciones, en ellas han de santificarse, en familia, en el estudio, en el trabajo, en el vecindario o en la vida pública, sirviendo al bien común:

Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con

la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo [LG, 41].

Apostolicam Actuositatem

La ecuación es simple en su formulación, pero profunda por su contenido y sus efectos: todo bautizado, aunque sea laico, debe ser discípulo fiel del Señor. Esto le lleva a ejercer un apostolado, anunciando a Cristo, Redentor Resucitado. Para poder ejercerlo, deberá permanecer unido a Él, buscando, por tanto, la santidad:

La fecundidad del apostolado seglar depende de su unión vital con Cristo, porque dice el Señor: "El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer" (Jn 15,4-5). Esta vida de unión íntima con Cristo en la Iglesia se nutre con los auxilios espirituales comunes a todos los fieles, muy especialmente con la participación activa en la sagrada liturgia. Los seglares deben servirse de estos auxilios en tal forma que, al cumplir -como es debido- las obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no separen la unión con Cristo de su vida personal, sino que crezcan intensamente en ella realizando sus tareas según la voluntad de Dios. Es necesario que los seglares avancen por este camino de la santidad con espíritu animado y decidido, esforzándose en superar las dificultades con prudente paciencia [AA, 4].

Para lograrlo, el laico, además de participar de la sagrada liturgia y de los sacramentos, tiene un modelo extraordinario:

El modelo perfecto de esa vida espiritual y apostólica es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras llevaba en este mundo una vida igual que la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo, cooperó de un modo singularísimo a la obra del Salvador; más ahora, asunta el cielo, "cuida con

amor maternal de los hermanos de su Hijo, que peregrinan todavía y se debaten entre peligros y angustias, hasta que sean conducidos a la patria feliz". Hónrenla todos devotísimamente y encomienden su vida y apostolado a su solicitud de Madre [AA, ib.].

Para su apostolado y para su vida de santidad los laicos deben procurar formarse lo mejor posible. Entre los medios que se le aconsejan es fundamental "un conocimiento más profundo de la Sagrada Escritura":

Los laicos que se entregan al apostolado tienen muchos medios, tales como congresos, reuniones, ejercicios espirituales, asambleas numerosas, conferencias, libros, comentarios, para lograr un conocimiento más profundo de la Sagrada Escritura y de la doctrina católica, para nutrir su vida espiritual, para conocer las condiciones del mundo y encontrar y cultivar medios convenientes. Estos medios de formación tienen en cuenta el carácter de las diversas formas de apostolado en los ambientes en que se desarrolla [AA, 32].

4.1. 4 El Magisterio Pontificio Postconciliar

S.S. Pablo VI, *Ecclesiam Suam* (1964)

Apoyado en las recientes enseñanzas conciliares, Pablo VI relaciona las nuevas tareas de los laicos, con interés renovado por los estudios bíblicos, la renovación de la liturgia y el reiterado llamado a la santidad:

La Iglesia...logrará un resultado, el de una magnífica espiritualidad, alimentada por la piadosa lectura de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y con cuanto contribuye a engendrar en ella

esa conciencia. Nos referimos a la catequesis cuidadosa y sistemática, a la participación en la admirable escuela de palabras, de signos y de divinas efusiones que es la sagrada liturgia, a la meditación silenciosa y ardiente de las verdades divinas y, finalmente, a la entrega generosa a la oración contemplativa. La vida interior sigue siendo como el gran manantial de la espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical insustituible de su actividad religiosa y social e inviolable defensa y renaciente energía de su difícil contacto con el mundo profano [ES, 17].

S.S. Juan Pablo II, *Christi Fideles Laici* (1988)

A veinte años de clausurado el Concilio Vaticano II, el Santo Padre dedica una carta encíclica a los laicos, para puntualizar mejor su naturaleza, así como para renovar antiguas y nuevas expectativas por parte de la Iglesia. Es lógico que se haga un nuevo llamamiento a la santidad:

Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, constituye una *componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal*, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad. Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está *ligada íntimamente a la misión* y a la responsabilidad confiada a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. En efecto, la misma santidad vivida, que deriva de la participación en la vida de santidad de la Iglesia, representa ya la aportación primera y fundamental a la edificación de la misma Iglesia en cuanto «Comunión de los Santos». [CFL 17].

S.S. Benedicto XVI (2010)

En su mensaje al VI Encuentro Americano de Acción Católica, el papa recuerda a los laicos tanto la necesidad de una sólida espiritualidad, como la necesidad de velar por su formación:

Al mismo tiempo, y siendo conscientes de los múltiples desafíos que los cristianos han de afrontar en el mundo actual, os exhorto a prestar cada vez más atención a la necesidad de una adecuada formación y de una profunda vida espiritual en los fieles, que tenga en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, ya que el desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, '*Caritas in veritate*', del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo, sino un don.

S.S. Francisco (2018)

El Pontífice recuerda este perenne llamado a la santidad, en su exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*,

Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (*Gn 17,1*) [GeE, 1]

Y recuerda que la santidad es un llamado para todos, por lo que anima a los laicos a emprender ellos también el camino, cualquiera sea su condición:

Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las

ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales. Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23) [GeE, 14-15].

4.2- ¿Por qué la *Lectio Divina*?

Desde los inicios, la Lectio Divina, nacida de las entrañas mismas de la Sagrada Escritura, no se convirtió, sin embargo, en un método de estudios bíblicos, sino que se propuso siempre como un camino de crecimiento espiritual.

Recordemos a Orígenes pidiendo estudiar ahí las cosas divinas para comprender y alcanzar lo que nos es necesario como cristianos; o a San Efrén indicándonos que la escritura nos puede enriquecer con sus tesoros. San Pacomio pedía memorizar pasajes para estar siempre pendiente de Dios, a tal efecto sus monjes debía de aprender a leer y a escribir. Para San Basilio es un muy valiosos camino espiritual: “*Es necesario y útil, que cada uno aprenda la Divina Escritura, para saber cómo permanecer en la piedad y no acomodarse a las filosofías humanas*”. La Regla de San Benito afirmaba preguntándose: “*¿qué página o qué sentencia*

de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento, no es rectísima norma de vida humana?” (Cap LXXIII, 3). Por su parte Guigo sostenía: “La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la descubre, la oración la pide y la contemplación la saborea” (*Scala Claustralium*).

Si tales frutos eran deseables y esperados por los monjes, ¿no es lógico suponer que puedan ser obtenidos por cualquier cristiano? Además, la Palabra de Dios es la forma que ha adoptado la Revelación, por medio de la cual se nos presenta a nuestra mente el misterio de Dios, y la invitación que nos hace de gozar de su presencia por toda la eternidad. Puede un laico ciertamente alcanzar la salvación sin dedicarse a leer la Santa Biblia, pero no se pueda decir que conozca lo que Dios ha dicho, cuáles son los valores del Evangelio, y cuál la doctrina cristiana sin leer y, mejor aún, meditar el texto sagrado. “Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero” (Sal 119,105).

4.3- Una propuesta episcopal

Luego de la recomendación general, del Concilio y de los papas a los fieles, para que adquieran el hábito de la *Lectio Divina*, son los obispos los llamados a velar porque así sea. Esto se ha hecho de tres maneras, según se desprende de un sondeo hecho por el autor entre las conferencias episcopales de unos 50 países. En unos casos, no se ha tocado el tema. En otros, se ha dejado explícitamente a que sea cada obispo quien decida qué hacer en su diócesis. Otras conferencias, en fin, han dado directrices comunes y han editado guías y documentos doctrinales.

Entre éstas últimas es interesante resaltar los lineamientos de los obispos belgas, que pueden encontrarse en tres documentos, los dos primeros doctrinales y el

tercero procedimental: 1) Llegar a ser adulto en la fe, 2) Encontrar a Dios en su Palabra y 3) Guía práctica para el uso de las comunidades¹⁰

De este último documento se presentan algunos conceptos. En primer lugar subrayan que al leer la Biblia es también una escucha atenta de la voz de Dios y no un pretexto para que sea Él quien nos escuche:

La lectura orante de la Biblia, a la que apuntamos aquí, requiere una cierta calidad de escucha, lo que plantea un problema espinoso. Debemos admitir, de hecho, que llegamos a ella con dificultad para nosotros mismos. No es fácil escuchar a alguien ignorando nuestros prejuicios. Es aún más difícil abrirse a alguien a quien no se ve, pero que, sin embargo, se da a conocer. Cuando oramos, estamos tentados a decir: "Escucha, Señor, que tu siervo habla" en lugar de "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1 Sam 3,9). Nuestra oración a menudo se parece a la de Job quien, hablando a Dios, proclama sin rodeos: "Escúchame, háblame, te interrogaré y me enseñarás" (Jb 42,4). ¿No podríamos mejor encontrarnos en la oración de Salomón, quien le preguntó al Señor: "Debes darle a tu siervo un corazón que escuche " (1R 3,9) [Guía, 27].

Leer

De repente hay que hacer un esfuerzo para volver al antiguo hábito de la lectura, venido a menos por un mundo de imágenes y de pocas letras, de noticias pasajeras y sobre las que no se profundiza:

Las Escrituras requieren primero una lectura cuidadosa y acogedora (*lectio*) de lo que está escrito allí. En nuestra cultura visual, eso requiere un esfuerzo perseverante. Usualmente no leemos mucho, y cuando leemos, a

¹⁰1) Devenir adulte dans la foi (2006), 2) Rencontrer Dieu dans sa Parole, (2008), y 3) Guide pratique a l'usage des communautés (2005), textos traducidos por el autor de esta tesis.

menudo es apresuradamente y en diagonal. Pero la Biblia no tiene nada del periódico de la mañana cuyos títulos se recorren rápidamente. Ella requiere tiempo y paciencia. Debe leerse y releerse. No es casualidad que Jesús compare la Palabra de Dios con una semilla que debe arraigarse lentamente en la buena tierra (Lucas 8:11). Esto solo puede sucederle a los hombres "que escuchan la palabra con un corazón leal y bueno, que la retienen y dan fruto a través de la perseverancia (Lc 8:15) [Guía, 29].

Aunque leamos con fe un texto que sabemos sagrado, sabemos que es posible y necesario leer racionalmente, analizando y echando mano de conocimientos capaces de aclararnos el texto y el contexto:

Uno realmente puede leer un texto sólo si trata de entenderlo lo mejor posible. La lectura desde la fe que pedimos no rompe con la exégesis histórico-crítica, que es de gran ayuda para nosotros. Nos enseña, por ejemplo, cuál es la forma literaria del texto, porque uno no lee una parábola de la misma manera que lee una carta. Las ciencias bíblicas también enfatizan la contribución del escritor, por un lado, y su comunidad, por el otro. El Evangelio de Juan ofrece una visión diferente a la de Marcos, y estos puntos de vista diferentes se enriquecen mutuamente [Guía, 30].

Meditar

Los obispos belgas no proponen acudir a textos explicativos o a la guía de los eruditos. Para ellos, "la Biblia se explica mejor a sí misma". Con esto indican que hay una relación armónica en toda la escritura y que un pasaje se entiende a la luz de otros. Además, se cuenta hoy en día con ediciones cuyas notas marginales o de pie de página facilitan realizar lo propuesto:

Una lectura creyente se abre a la reflexión (*meditatio*). Es casi espontáneo que al leer, uno intente penetrar más profundamente en el texto: busca entenderse y encontrarse a sí mismo. Preguntamos sobre enlaces con otros textos de las Escrituras. Descubrimos en Jesús el cumplimiento de las promesas hechas a Israel. La intervención de Dios y su alianza se registra en toda la Escritura. Por eso, por extraño que parezca, la Biblia se explica mejor por sí misma. Es entonces cuando encontramos poco a poco el hilo conductor que une las Escrituras. No se trata tanto de la erudición aquí como de saborear la presencia de Dios, de "ver y apreciar" su alianza (Salmo 34,9) [Guía, 31].

Se medita mejor si se ha leído el texto más de una vez y quizá en traducciones variadas. Al meditar los ojos pueden volver a varias partes del texto para asegurarse que de él estamos obteniendo el mensaje principal: "¿Qué dice el texto? ¿Qué me dice el texto?". Por eso, los obispos recomiendan:

Para hacer posible este enfoque, uno debe leer y releer el texto de las Escrituras. Los Padres de la Iglesia lo llamaron "rumiar", indicando que el texto se está apropiando cada vez más hasta que ofrece su sabor. Un verso puede golpearnos de repente y tocarnos en el corazón. Más aún: una palabra que ayer no nos dijo nada, hoy puede abrir nuestros ojos y guiarnos todo el día [Guía, 32].

Orar

La oración es el paso en el que se responde a Dios, en base a lo que Él ha dicho. Los obispos belgas no dejan de sorprender con esta parte de la guía, pues se abstienen de dar lineamientos precisos para hacerlo. Es un signo de gran respeto al diálogo íntimo que debe producirse entre el creyente y Dios. Cada quien lo lleva a cabo desde su personalidad, desde su formación, desde su entendimiento, desde su necesidad:

Ahora surge una pregunta final: "¿Cuál es mi respuesta a Dios?" Leer y pensar requería escuchar con el corazón: así que ya era una especie de oración. Pero con nuestra respuesta a Dios, accedemos más explícitamente al nivel de oración (*oratio*). En lo que sigue, los obispos deseamos permanecer modestos. Porque aquí nos acercamos a la relación íntima de cada uno con el Señor, un área donde nadie puede dictar nada, o poner sus propias experiencias en primer plano [Guía, 33].

Lo anterior no significa que no haya modelos y ellos se encuentran en la propia Escritura (Moisés, Débora, Ana, los Salmos, Sarra, Tobías, Judit, Ester, varios profetas, Simeón, Zacarías, sólo paros citar algunos de los más conocidos). A título de ejemplo los obispos ponen de modelo la oración de la Virgen María:

Con respecto a la oración como un contacto entre Dios y un individuo, no podemos decir mucho. ¿Pero deberíamos callarnos? La escritura misma aborda el tema y nos pone en el camino correcto. Que, por ejemplo, se relea el cántico de María. El Magníficat nos enseña que podemos orar a Dios apropiándonos de las palabras de las Escrituras. Un ejemplo simple: María canta alegremente: "Él ha echado a los poderosos de sus tronos y ha levantado a los humildes (Lc 1,52) [Guía, 34].

Responder

Llama la atención de que no utilicen los obispos belgas el nombre oficial del paso (*contemplatio*). Entienden que se debe proponer el nivel contemplativo y llegar al compromiso y a los hechos concretos (*actio*), como propondrá en breve el propios Benedicto XVI. La Guía escoge un concepto claro e inclusivo: "*responder*". Y la respuesta requiere no hacer más de lo mismo, sino hacer un esfuerzo por renovar la relación que se tiene con Dios:

La palabra bíblica no pretende hacer arqueología sino, por el contrario, inaugurar una nueva historia. Cuando leemos las Escrituras con un corazón sensible, nos abrimos a alguien que viene a nosotros y nos habla. Al igual que en una relación humana, esa atención solo puede interpelar a la persona: gradualmente, y ella asentará su vida en Aquel que se da a conocer. La escritura es bastante formal sobre este punto: "Sean realizadores de la palabra, y no sólo oyentes que se engañan a sí mismos (St 1,22) [Guía, 38].

La respuesta no es sólo de intenciones sino de una práctica concreta y reiterada:

Jesús nos pide escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica (Lc 8,21). Entramos entonces en la nueva familia de Jesús, y nos convertimos en hermanos y hermanas para él (Mt 12,50). Esta Palabra de Dios...nos enseña a "vivir en el tiempo presente" (ver Tito 2,12). Nos educa a amar en el Espíritu de Jesús y nos abre los ojos a lo que es santo en el corazón de la vida cotidiana. En este sentido, la Escritura no es solo una escuela de oración, sino también una escuela de vida [Guía, 39].

4.4- Examen de otras propuestas

4.4.1 Una experiencia comunitaria

El Padre E.M. Caro (2013), reflexiona sobre la *Lectio Divina*, para el grupo de Evangelización Activa de Monterrey, México. Propone el esquema tradicional en cinco pasos: lectura, meditación, oración, contemplación y acción. Lo interesante es que considera que se trata de "una metodología para una espiritualidad bíblica", a la que perfectamente pueden dedicarse los fieles laicos con gran provecho. Su definición es clara y orientadora:

La *Lectio Divina* es una metodología que busca profundizar el texto bíblico en vista a la vida, que trasciende lo escrito para adentrarse en el mundo de Dios que está como base de toda la Escritura. En sí es una experiencia espiritual con la Biblia, haciendo que ella sea Palabra viva de Dios para cada uno de nosotros por medio de la oración.

Lo que importa no es el ritual de hacer *Lectio Divina*, ni el convertirse en un experto en el manejo de la correspondiente metodología. Lo realmente importantes son los frutos espirituales que de esta práctica se alcanzan:

Es un modo de asumir la espiritualidad, es tener la Biblia como elemento básico de toda la vida, es hacer de la Palabra escrita el alimento diario para la fe. Es buscar al Señor por medio de la Palabra que se revela en ella, para encontrarlo vivo y presente en el hoy, aquí y ahora...para hacer de la Escritura el alimento y la vitalidad para la vida de fe.

En cuanto a la lectura, prefiere él que la hagan varios participantes, observando una actitud de profunda fe. Para no caer en la rutina, en otra ocasión el texto se puede leer entre varias personas, encargándose cada una de un versículo, o, si el texto lo facilita, de un personaje. En grupos menos habituados a la lectura o con un cierto número de analfabetos, propone cerrar la Biblia para tratar entre todos, de recomponer, es decir, de recordar, con palabras propias, el texto que se ha leído.

Para la meditación propone que cada quien reflexione sobre lo que siente le ha dicho el Señor en la lectura, a sabiendas que lo expuesto por uno, puede interpelar a cada uno de los que le escuchan.

La meditación es ir más allá de lo que se ha escuchado en la lectura, es buscar la riqueza que encierra, es descubrir el mensaje actual, vivo y comprometedor que el Señor nos transmite por medio de su Palabra, (pero)

no solo en su Palabra, que es siempre eficaz, sino que también se lo busca encontrar y escuchar en cada persona que participa de la reunión, sabiendo que el Espíritu Santo actúa en todos y en cada uno.

Se corre el riesgo de que, a sabiendas o cándidamente, se llegue a manipular el texto y hacerle decir lo que no dice. El Padre Caro confía que el “*sensus fidei*” presente en el grupo, acabará por imponerse. También es posible una amable corrección si está presente una persona con la suficiente formación.

Propone que la oración sea lo más espontánea posible, aún a riesgo de salirse del tema. En esta oración se puede adorar, pedir, interceder, o agradecer:

La oración es un recurso que se propone para que a partir de la Palabra se aplique el mensaje que ella transmite a nuestra realidad, buscando identificarnos con el mensaje que transmite y comunica. Como toda oración y todo encuentro, en sí, no hay reglas ni normas fijas. En este paso de la oración cada uno, a partir del texto leído, meditado y contemplado le pide, o le agradece al Señor por lo que crea más conveniente.

Advierte que se corre el riesgo de que se divague, al hacer oraciones muy generales, o que no guardan ninguna relación con el texto, como tal vez ya lo hayan comprobado quienes han presidido prácticas colectivas de Lectio Divina.

Expone que la contemplación es una continuación más personal y profunda de todo lo anterior:

Aquí ya no entra sólo el saber y el conocer cosas de la Biblia, sino que es el encuentro personal y directo con el Señor. Ahí ya no cuenta la información que se posea, sino cómo se utiliza todo eso que se sabe de Dios, ya no para hablar del Señor sino con Él. Aquí uno se está metiendo en el mundo de Dios, donde no existen reglas, sino donde todo es gracia y don. Es

conocer vivencialmente al Señor no sólo intelectualmente, sino adentrándose en el corazón de Dios, buscando conocer aquello que se conoce y se intuye a partir del texto. Finalmente se deben comprometer todos y cada uno con la acción. No se ha hecho un ejercicio intelectual ni tampoco se ha ejercitado una piedad espontánea.

La Palabra del Señor es una propuesta de vida, es un estilo de vida, una manera de vivir la vida, pero no es información, sino Buena Nueva, ella es para ser asumida y vivida. De ahí la necesidad de iluminar la propia vida con esa Palabra y ver de qué manera uno se está identificando y asumiendo ese estilo de vida. Es en este sentido donde el Actuar es un mirarse a uno mismo y sincerarse a sí mismo, viendo dónde uno está parado y, a la luz de eso, ver qué se puede hacer para hacer vida ese proyecto que el Señor nos deja en su Palabra, propuesta para mí, hoy, aquí y ahora.

Finalmente advierte: Hay que evitar el riesgo de que algunas personas “no apliquen el texto a su vida, sino que lo apliquen a la vida de los demás, dando recetas para todos”.

4.4.2 Método de Kigali

Recopilado por la Editorial Verbo Divino, por su brevedad, se cita integralmente:

Surgido en Rwanda, África, es un método para favorecer la lectura de la Biblia en grupos de catequistas, especialmente los Evangelios y Hechos de los Apóstoles. Consta de cinco pasos y una conclusión.

- Primer contacto con el pasaje: Tras un momento de ambientación a través de un canto o una oración que invite a la escucha, un miembro del grupo lee en voz alta el texto escogido. Tras unos momentos de silencio se repite

nuevamente la lectura. Luego cada uno manifiesta sus impresiones, lo que le gusta, lo que no, lo que le sorprende, etc.

- Observar el pasaje: Localizar los lugares que se nombran, descubrir los personajes y sus relaciones, fijarse en las palabras usadas, mirar con atención el cambio que se produce entre el principio y el final del pasaje, etc.

- Aprovechar las informaciones: Consultar las notas de la Biblia, consultar un comentario, etc. Este paso evitará la tentación de interpretarlo de manera errónea.

- Preguntar al texto: Para captar su mensaje original; ¿Qué acontecimiento de la vida de Jesús o los discípulos narra? ¿De qué aspecto de la fe se ha tratado? ¿A qué necesidades de los cristianos responde? ¿Hay alguna alusión al A.T.? Etc.

- Actualizar el pasaje: Captar el testimonio de fe que transmite; ¿Cómo ilumina ese testimonio nuestra vida hoy? ¿Cómo expresar esto con otras palabras comprensibles a los que nos rodean?

- El encuentro concluye con una oración a partir del mensaje descubierto.

Como puede verse, hay modificación de los pasos clásicos. La lectura es seguida de una “*collatio*”, en donde se dan las primeras impresiones que el texto ha causado. Luego se trata de contextualizar la lectura, junto con una suerte de análisis somero de cómo se desarrolla la “trama”. Se sigue con una consulta de notas y comentarios previamente aprobados, para que todos permanezcan dentro de un ámbito interpretativo doctrinalmente correcto. La serie de preguntas que a continuación siguen tienen por objeto provocar una reflexión compartida. Se pasa a la “*contemplatio*” para iluminar la vida de cada quien y se finaliza con una *oratio*, al parecer ya preparada.

4.4.3 Mirar en el espejo de la vida

También recopilado por la Editorial Verbo Divino, se cita integralmente:

Surgido en Brasil, se basa en la convicción de que Dios habla desde los acontecimientos, las cosas y las personas; por tanto, es necesario “revelar a Dios presente hoy en la vida del pueblo”. Es un método para acercarse con sencillez y profundidad a la Biblia, además de leerla como Palabra actual.

- Primer paso: Partir de un hecho de vida. Tras una pequeña ambientación con un canto, unas palabras de acogida, una reflexión que recuerde la presencia de Dios en medio del grupo y pedir el Espíritu, el animador centra la atención con una ficha de lectura que previamente se ha preparado sobre un tema concreto. Para fomentar el diálogo se expone una pregunta relacionada con el hecho de vida que se está tratando.

- Segundo paso: Meditar la Palabra de Dios. Tras una breve introducción del animador respecto al texto bíblico, un voluntario lo proclama. Se tienen unos instantes de silencio para que cada uno profundice el pasaje releándolo personalmente. En la ficha habrá algunas preguntas para comprender mejor lo que se ha leído; luego también habrá otras que lleven a preguntarse: ¿Qué me dice a mí este pasaje? Tras este tiempo, el animador invitará a compartir las respuestas de cada uno procurando que sea una verdadera puesta en común de lo reflexionado.

- Tercer paso: Celebrar la Palabra. Se termina con un tiempo de oración y una invitación al compromiso de vida a partir de la Palabra oída y meditada. Finalmente, como en otros métodos, se concluye con un salmo apropiado y un canto final.

Más que una *Lectio Divina*, se trata de una especie de “*Lectio realitatis*”, puesto que no se parte de la Palabra de Dios, sino de un hecho de la vida. Hay aquí una especie de inversión procedimental. No de la Palabra a la vida, sino de la vida a la Palabra, para posibilitar una conversión de vida. Aunque hay abundante

participación comunitaria, tampoco hay aquí “*collatio*”, pues todo está preparado de antemano y está dirigido por expertos. No se puede hablar de *Lectio Divina* propiamente, aunque no se pretende demeritar las bondades que esta dinámica tiene en reflexionar sobre la vida iluminados por la Palabra.

De los métodos y prácticas que se han expuesto se pueden extraer lecciones apropiadas para hacer una propuesta pastoral más adecuada al laico de estos tiempos.

4.5- Lineamientos pastorales generales y específicos

A fin de introducir la *Lectio Divina* como herramienta de uso frecuente en el itinerario espiritual del laico, se ofrecen algunos lineamientos de carácter general y otros de carácter específico. Los generales tienen que ver con toda la práctica de la Lectio Divina, independientemente del lugar donde se celebre, del número de participantes u ocasión que la motive. Los específicos hacen referencia a situaciones particulares o especiales que ameritan alguna consideración especial.

4. 5.1 Lineamientos pastorales generales

1.- Recomiéndese a los fieles tener al menos una Biblia por familia y, de ser necesario hágase lo pertinente para que la puedan obtener con facilidad, brindando información suficiente para evitar que adquieran biblias no católicas.

2.- Bríndese periódicamente un curso de introducción a la Biblia, para aquellos fieles que se están iniciando en su lectura asidua, explicando con la mayor sencillez posible el por qué, el para qué y el cómo de la Revelación.

3.- Hágase ver que no conviene leerla de principio a fin, sino que se debe sugerir empezar por los evangelios, luego los Hechos de los Apóstoles, el Pentateuco, las cartas, etc. (u otra secuencia similar) de manera que se facilite su paulatino abordaje y comprensión.

4.- Antes de iniciar la práctica de la *Lectio Divina*, debe suscitarse en los eventuales fieles participantes un deseo ferviente de iniciar un itinerario espiritual que los lleve a encuentros personales y cada vez más frecuentes con el Señor Jesús. Deberá explicarse a grandes rasgos en qué consiste la espiritualidad católica.

5.- Tiene que quedar muy claro para todos que, aunque se les está enseñando una manera novedosa de leer la Santa Palabra, que está regulada y tiene una serie de pasos definidos, lo importante no es el dominio de una estrategia metodológica, sino el logro espiritual de encontrarse lo más profundamente posible con Dios y el dejarse guiar por su Espíritu.

6.- Adviértase que se trata de que cada quien encuentre su particular manera de dialogar con Dios y de caminar a la santidad; no se trata de libre interpretación del texto, al modo protestante,

7.- Hágase una introducción a la *Lectio Divina* de modo que todos comprendan por qué es una manera diferente de leer la Escritura, cuál es la metodología y cuáles han de ser los frutos que de ella se esperan.

8.- Procédase luego a realizar unas cuatro o cinco "*lectiones*", con textos cortos y de fácil comprensión, preferiblemente de los evangelios, durante las cuales, al tiempo que se progresa de un paso al otro, se va explicando qué se hace y el modo en que se hace. Los fieles deben ser animados, en este proceso inicial, a practicar simultáneamente en su hogar o en su grupo eclesial. Hay que dar tiempo

para preguntas y observaciones. Examínese la conveniencia de agregar unas tres sesiones más, bajo la coordinación de un diferente participante, teniendo el sacerdote, diácono o laico experto un papel no protagónico, haciendo con caridad únicamente los señalamientos que sean necesarios.

9.- Se propone un esquema de cinco pasos, precedidos por la necesaria preparación, tomando en cuenta los lineamientos siguientes.

10.- PREPARACIÓN. Se recomienda una preparación remota, mediante la lectura previa del texto que va a ser utilizado, por parte de cada participante, con indicación de leer, cuando se estime oportuno, las notas a pie de páginas, buscando las referencias marginales, que puedan facilitar una primera aproximación al texto. Recomiéndese leer, o al menos ojear, lo que antecede, para ubicar –aunque sólo sea parcialmente- en qué contexto se desarrolla el texto. Se recomienda una preparación próxima, llegando al local con puntualidad y en un ambiente alegre pero tranquilo. Luego se hará una oración al Espíritu Santo y, de ser posible, acompañada de un canto, ya sea al mismo Espíritu Santo, o bien referido al texto que va a ser objeto de la *Lectio*.

11.- LECTURA. Un buen lector hará la primera lectura del texto, preferiblemente sacada de los leccionarios de la Liturgia oficial de la Iglesia, por ser los que con más frecuencia se escuchan. Si no se ha escogido un texto muy largo, se leerá el texto en dos y hasta en tres Biblias de editoriales diferentes, para que nadie se sienta excluido y se entienda por una u otra versión lo que dice el autor sagrado. Si por razones de coherencia se ha creído oportuno no dividir un texto largo, repítase la lectura al menos una vez.

12.- MEDITACIÓN. Invítese luego a meditar en silencio por unos dos minutos, Luego se pide compartir las reflexiones, sobre qué dice el texto, a quién lo dice, y qué puede decir a cada uno (a mí en particular). Quien dirige deberá tomar la palabra de último. Permita a los fieles expresarse, aunque algunos se equivoquen.

13.- ORACIÓN. Al pedir que cada quien ore primero en silencio, recuérdese que orar es hablar con Dios, responderle a lo que Él ha expresado en el texto de hoy. Haga ver que no se trata de peticiones habituales, sino de entrar en contacto con Dios para adorarle, agradecerle su Palabra y expresarle nuestros sentimientos, que brotaron de la lectura y meditación que se acaban de hacer. Luego de la oración en silencio, se pide pasar a orar en voz alta, -quienes quieran hacerlo. Si alguien hace oración sin relación al texto, no se le pondrá en evidencia. Al final de la *Lectio* o al comienzo de la próxima se comentará el hecho sin identificar al que yerra.

14.- CONTEMPLACIÓN. Explique que contemplamos extasiados lo que nos maravilla, lo que nos impacta, lo que nos sorprende o interpela. Invite luego a que cada quien identifique una frase, una palabra, un gesto, o un acontecimiento del texto que más le ha impactado o llamado la atención, haciéndole reflexionar sobre su vida. En este paso ha que invitar a abandonarse en la inmensidad de Dios, probando y viendo qué bueno es el Señor. Se sugerirá que quienes deseen compartir sus hallazgos con los demás, lo hagan. No se obligue a nadie.

15.- ACCIÓN. Al contrastar el texto leído, la meditación, la oración y la contemplación con la vida personal, surgen espontáneamente deseos de conversión, de mejora o de mayor entrega. En otras palabras, la *Lectio* debe ayudar en la mejora continua de la vida espiritual. No hay que quedarse en buenas intenciones, es necesario actuar para enmendarse o perfeccionarse cada vez más. En este último paso, quienes deseen compartir sus propósitos podrán hacerlo, para provecho de todos.

16.- CLAUSURA. Se indicará fecha y hora de la próxima *Lectio Divina* y si posible se indicará cuál es el texto bíblico seleccionado para tal ocasión. Quien ha dirigido la *Lectio* podrá hacer un brevísimo comentario subrayando los logros y las

áreas de mejoramiento. Se concluirá con una oración a María, Madre del Verbo Encarnado y, si es posible, se agregará un canto en su honor.

17.- Si hay un grupo de pastoral a cargo, se hará luego una evaluación proponiendo las estrategias para ir mejorando. Recuérdese que llegará el momento en que quienes están siendo formados deberán seguir por su cuenta. Hay que identificar posibles liderazgos y alguna manera de dar seguimiento permanente.

4.5.2 Lineamientos pastorales específicos

EN LA PARROQUIA

1.- Además de la capacitación para su celebración, de la que se ha hablado en el numeral anterior, toca a cada parroquia promover la práctica de la *Lectio Divina*, como actividad frecuente, en favor del Pueblo de Dios. El responsable de la tarea es el párroco, quien podrá delegar el vicario, otro sacerdote o bien un diácono. Podría encargarse a un laico que se sepa domina los procedimientos y la espiritualidad a ellos asociada, aunque, en tal caso, es importante que el párroco se haga presente al inicio del proceso-

2.- El septiembre, mes de la Biblia, se cuidará de que no falte la *Lectio Divina* en la comunidad parroquial, al menos semanalmente. Al efecto, se pueden seguir lineamientos provenientes de la comisión bíblica diocesana o inter-diocesana, con lo que se fomenta la comunión eclesial.

3.- Puede programarse hacer *Lectio Divina* en los tiempos fuertes: Cuaresma, Pascua, Adviento, Navidad y en fechas propias del calendario litúrgico nacional, diocesano o parroquial.

4.- Presidirá el párroco, o en su defecto, un sacerdote vicario o coadjutor, o un diácono. Se sugiere revestirse con el color litúrgico prescrito. Se usará el ambón (o un atril de pie, en sitio cercano, cuando se celebra con grupos pequeños). Se tendrá apoyo de miembros del coro parroquial, para subrayar el carácter altamente espiritual del momento.

EN EL GRUPO ECLESIAL

1.- Se fomentará que, cualquiera que sea el carisma grupal, se recurra a la *Lectio Divina* para robustecer la espiritual personal y grupal.

2.- Se les pedirá atenerse a las normas definidas por la diócesis o la parroquia y evitar hacer experimentos con la *Lectio*.

3.- Los dirigentes deberían tener la responsabilidad de programar las “*lectiones*”, pero es posible que en el grupo haya alguien más entrenado en la materia al que se podrá recurrir, al menos inicialmente, para que sirva de coordinador.

4.- Si el grupo no se siente preparado, hay que invitar a algunos de ellos a recibir la formación periódica que ofrece la parroquia. También se evaluará la factibilidad de la presencia inicial del párroco, o su representante.

5.- Si posteriormente surgen dificultades, se deberá acudir al sacerdote o diácono encargado de dar seguimiento a la actividad.

EN FAMILIA

1.- Siendo la familia “Iglesia Doméstica” el itinerario espiritual de sus miembros puede verse animado por la “*Lectio Divina*”, sin que se programe con tanta

frecuencia que llegue a abrumar a sus miembros y produzca efectos contrarios a los esperados.

2.- Corresponde al padre o a la madre, según quien esté mejor preparado, guiar la *Lectio Divina* doméstica, pudiendo hacerse por turnos e incorporando en su conducción a abuelos, tíos o hijos mayores, según sea oportuno. Hay que asegurarse que los más pequeños puedan estar seguros y tranquilos mientras tanto, en otro ambiente, pero a medida que vayan creciendo y recibiendo catequesis se les permitirá asistir y si esto no se da espontáneamente se les podrá invitar, sin obligarles a ello.

3. Las normas parroquiales y las prácticas en grupos eclesiales podrán servir de insumo para la práctica familiar

4.- Si nadie en la familia siente preparado, hay que invitar a algunos de ellos a recibir la formación periódica que ofrece la parroquia. También se evaluará la factibilidad de la presencia inaugural del párroco, o su representante.

5.- Si posteriormente surgen dificultades, se deberá acudir al sacerdote o diácono encargado de dar seguimiento a la actividad.

EN RETIROS

1.- Aunque no se acostumbre esta práctica en retiros, sería bueno que los organizadores considerasen la oportunidad de ir la introduciendo.

2.- El retiro es un ambiente propicio, pues en él está muy presente la Palabra, y necesariamente se trata el tema de la espiritualidad, habiendo ocasión y tiempo para dedicarse a la lectura, la meditación, la oración y el compromiso de conversión.

3.- La *Lectio Divina* podrá ser dirigida por quien predique el retiro, o la persona que él o el grupo organizador, designe.

4.- Habrá que procurar que la *Lectio Divina* encaje con naturalidad dentro del carisma del grupo, o esté en sintonía con la eventual temática del retiro, para que no resulte algo artificial o forzado. Siempre hay que evitar que el grupo asista a la *Lectio Divina* de otros, sino que tenga ocasión de una participación real.

5.- Será más fácil introducir esta metodología en los retiros de madurez o de profundidad, en otras palabras, entre quien ya tienen una trayectoria espiritual más avanzada.

EN LA INTIMIDAD PERSONAL

1.- Cada persona, actuando en comunidad en parroquia, en grupo eclesial, en familia o en retiro, participa y contribuye a alcanzar metas espirituales con sus hermanos. Pero lo hará mucho mejor si adquiere la práctica de aventurarse en este camino por sí mismo, cara a cara con su Señor.

2.- Seguirá los pasos, pero podrá “dejarse llevar”, y según sienta, volver atrás, anticipar o repetir lo que sienta necesario. Lo principal es su diálogo íntimo con Dios.

3.- No tiene que dar cuentas por su experiencia, pero no hay que descartar comentar lo vivido con un sacerdote y, “*a fortiori*”, si se trata de su director espiritual o, al menos, su habitual interlocutor espiritual.

4.- Incluso a las personas que hayan adquirido el hábito de hacer la *Lectio Divina* de modo comunitario, se les recomienda vivamente tener periódicamente esta práctica personal.

4.6 Alcanzando la meta

La meta que se persigue con todas las reflexiones y planteamientos anteriores, es conducir al laico de hoy a que penetre con sus propios pasos en la riqueza de la *Lectio Divina*. Pero no se vaya a creer que de lo que se trata es que llegue a dominar una técnica particular de leer, meditar, orar y comprometerse con la Palabra de Dios.

Conocer los pasos es importante; en qué consisten, cómo hacerlos mejor, cómo se relacionan unos con otros. Pero se trata sólo de un aspecto fundamental que nos lleva a la verdadera meta. Si exploramos con tales cuidados la Palabra de Dios es porque queremos llegar a Él. Más exactamente estamos invitados por Él mismo a estar unidos ya en este mundo y luego, al final, por una eternidad, como hijos suyos muy amados.

De lo que se trata en última instancia es la santidad. El vivir unidos a Dios, el perdernos en Él, osar meter nuestra pequeñez dentro de su inmensidad. Estar atentos a la voz de su santo Espíritu.

Al efecto nos recordaba el Papa Francisco: “Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1)” [GeE 1].

La clave está en abrirse a las sugerencias del Espíritu: “Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy” [GeE 23].

Ya sea que frecuentemos la práctica de la Lectio Divina en comunidad (*collatio*) o que lo hagamos por nuestra propia cuenta, el llamado es siempre ése. Cada quien debe perseverar hasta alcanzarlo. Pero en ese intento es menester trabajar, ayudar y perseverar con los hermanos, porque somos y construimos Iglesia.

Pero cada quien tiene que hacer su propia tarea. El Papa Francisco lo tiene claro: “Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina” [GeE 24].

- o - o - o - o - o - o - o - o - o -

En el siglo XI, el monje benedictino, Otloh de Sankt Emmeran, escribió una síntesis de lo que para él producía la *Lectio Divina* en el alma de los monjes:

Cuando uno se deja llevar por la *Lectio Divina* los ojos del hombre interior se abren. Entonces comprende lo que nunca había comprendido de las Escrituras y de todo lo demás. Se maravilla de haber sido hasta entonces tan sordo y tan ciego. Avanza más y más en la lectura santa, y lo que no leía sino por temor y deseo de perdón, ahora, cuando empieza a amar, pasa a conocer las maravillas de la sabiduría y la misericordia de Dios. Saborea cuan dulce es el Señor, medita su ley día y noche.¹¹

¡Quiera el Señor concedernos tales gracias a todos los bautizados!

¹¹ *Liber de cursu spirituali* 3, PL 146, 33

CONCLUSIONES

Se ha podido constatar que la *Lectio Divina* ha sido una práctica espiritual permanente en las comunidades monacales de desde el siglo XII hasta el presente. Empero, no se la ha visto asociada a la espiritualidad del laico, sino más recientemente, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II. Esto se explica en razón del llamado “eclipse del laicado”, donde los temas “fuertes” de espiritualidad parecían reservados a las personas consagradas.

Con la impresión y traducción de la Santa Biblia, ésta ya pudo llegar a numerosas personas, incluyendo los laicos. La Iglesia pidió entonces a los pastores prepararse mejor, para explicarla a los fieles, particularmente por medio de la homilías dominicales. No era usual que los católicos leyesen por sí mismos la Santa Palabra, ni mucho menos que comentasen los pasajes leídos. Pocos no consagrados, por lo demás, estudiaban teología.

En la segunda mitad del siglo XIX y en la primera de XX las cosas empiezan a cambiar. Esto es debido sobre todo a tres fenómenos que se operan a nivel mundial: 1) cada vez más personas aprenden a leer y a escribir, 2) se enfatiza la labor misionera en el mundo entero, y se asiste a un encuentro del Evangelio con numerosas culturas y 3) aumenta la preocupación de la Iglesia por todos los fieles, en su condición social, laboral, familiar y, por supuesto, espiritual.

El impulso final para una visión renovada y ciertamente más profunda de la espiritualidad del laico vino a darla el Concilio Vaticano II. Desde entonces el tema es recurrente en las homilías y discursos papales, en los documentos pontificios, en las orientaciones de los obispos y en la práctica pastoral de todos los sacerdotes del mundo.

Se ha podido constatar cómo cada vez más los fieles católicos se interesan por tener la Santa Biblia y leerla personalmente o en comunidad. La frecuencia de esta práctica es sumamente dispar.

Igualmente se ha encontrado, con agrado, que crece el número de quienes se interesan por la *Lectio Divina*, la que ha llegado a establecerse como práctica periódica en algunos grupos eclesiales. No obstante, y sin minimizar los logros espirituales que de ella se derivan, es casi universal constatar que más que hacer la *Lectio Divina*, se asiste a ella, es decir, el esfuerzo de meditación, de oración y de contemplación está a cargo de otro, con el cual el fiel cristiano puede tener diversos grados de sintonía.

Se han hallado algunas disposiciones episcopales recientes en donde se está claramente invitando al fiel cristiano a hacer un esfuerzo personal por dialogar con la *Lectio Divina*, con apoyo pero sin interferencia del clero, respetando, no sólo la dignidad de cada cristiano, sino -y esto es lo más importante- lo que el Espíritu Santo quiere comunicar a cada quien, en su ruta de santidad trazada por el Hijo hacia el Padre.

BIBLIOGRAFÍA

AQUINO, Tomás de (2017) *Summa Theologica*, Madrid, BAC.

CALDUCH-BENAGES, Nuria (2012) *Saboreando la Palabra*, Estella, Verbo Divino.

CANTERA M., Santiago (2011) *El mensaje vivo de la tradición monástica*, en CATERA, S “Estudios de la Historia y Espiritualidad Monástica, p 18-30, Salzburgo, Universidad de Salzburgo.

CARO, Ernesto María (2015) *Lectio Divina*, Monterrey mx, Evangelización Activa.

CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES DE BELGIQUE / BELGISCHE
BISSCHOPPENCONFÉRENTIE (2005) *Guide pratique a l'usage
des communautés*, Bruselas, CEB.

- (2006) *Devenir Adulte dans la Foi*, Bruselas, CEB.

- (2008) *Rencontrer Dieu dans sa Parole*, Bruselas, CEB.

DENZINGER [DS] (2003) *Magisterio de la Iglesia*, Madrid, Ed. M.S.C.

GARCÍA M, Colombás (1979) *La Lectura de Dios, Aproximación a la Lectio Divina*, La Coruña, Monasterio Santa María de Sobrado.

GÓMEZ, Pedro (2008) *Accende lumen sensibus*, Córdoba Es., Monasterio Santa María de la Paz.

GRIGNON DE MONFORT, José María (2003) *El Amor a la Sabiduría Eterna*, en *Obras Completas* p. 139-265, Bogotá, Montfortianas.

GUIGO II, El Cartujo (s. XII) *Scala Claustralium: Carta al Hermano Gervasio* recuperado en <https://textosmonasticos.wordpress.com/2012/07/08//scalaclaustralium/>

HAHN, Scott (2015) *Fé y Revelación*, Madrid, BAC.

HAMMAN, M Adalbert (206) *Guía Breve de los Padres dela Iglesia*, Burgos, Monte Carmelo.

HUBERT, André (2009) *Anselmo de Canterbury y la pedagogía de la fe*. En *Revista de Estudios y Experiencias Pedagógicas* 13, p.103-114, Antofagasta, REXE, Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa>

LANGA, Pedro (1997) *La Sagrada Escritura y San Agustín Predicador*, en Religión y Cultura, p. 67-78, Madrid, Agustiniana

LATOURELLE, René (1966) *Théologie de la Révélation*, Bruges, Desclée de Brouwer.

MASINI, Mario (1988) *La Lectio Divina, Teología, Espiritualidad, Método*, Madrid, BAC.

MATOS, Henrique Cristiano José (1998) *Lectura orante de la Biblia*, Revista Alternativas, 5/11-12, p. 113130, Managua, Lascasiana.

PEDREGOSA, J. Ignacio (2014) *Lectio Divina: lectura orante con la Palabra de Dios* Bogotá, San Pablo

PELLITERO, Ramiro (1995) *La Teología del Laicado en la obra de Yves Congar*, Pamplona, Universidad de Navarra

PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA (1993) *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Roma, Ed. Vaticana

REGUER, Hilari (2005) *Introducción a la Lectio Divina*, en Revista Cuestiones teológicas, Vol.32, N. 78, p. 365-412, Medellín, UPB.

S.S. LEÓN XIII (1983) *Providentissimus Deus*, Roma, Ed. Vaticana.

S.S. PIO XI (1922) *Ubi Arcano*, Roma, Ed. Vaticana

- (1929) *Mens Nostra*, Roma, Ed. Vaticana

S.S. PIO XII (1943) *Divino Afflante Spiritu*, Roma, Ed. Vaticana.

- (1946) *Discurso a los nuevos Cardenales*, Roma, Ed. Vaticana

S.S. PABLO VI (1964) *Ecclesiam Suam*, Roma, Ed. Vaticana

- (1975) *Evangelii Nuntiandi*, Roma, Ed. Vaticana.

S.S. JUAN PABLO II (1988) *Christifideles Laici*, Roma, Ed. Vaticana.

S.S. BENEDICTO XVI (2008) *Carta Apostólica en el VII Centenario de la muerte de Juan Duns Escoto*, 28 octubre, Roma, Ed. Vaticana

- (2010) *Verbum Domini Exhortación Apostólica*

Postsinodal sobre la Palabra de Dios, Roma, Ed. Vaticana.

S.S. FRANCISCO (2013) *Evangelii Gaudium*, Roma, Ed. Vaticana.

SANKT EMMERAN, Otloh de, *Líber de cursu spirituali* (2008) en Gómez P.
“*Accende lumen sensibus*” (II, 1), Córdoba Es., Monasterio Santa
María de la Paz.

SANTOS ZAVALETA, Elevi (2015) *La Lectio Divina desde la acción humana*
en Revista Albertus Magnus Vol. 6, 2, p. 345-569, Bogotá,
Universidad Santo Tomás.

SECONDIN, Bruno (1995) *Lectio Divina, natura e prassi: La parola di Dio,*
fonte privilegiata di sapienza spirituale, in *Esperienza e Spiritualità*, p.
63-91, Roma, Pome Editrice.

SECRETARIATUS GENERALIS PRO MONALIBUS (s.d.) *Medita día y*
noche la ley del Señor: la Lectio Divina, Roma, Orden Carmelita.

VARIOS [Autores de Espiritualidad Marianista] (2014) *Diversos Métodos de*
la Lectio Divina en Grupos 3ª parte. en “*Doce itinerarios para una*
lectura creyente”, Estella, Verbo Divino.

VATICANO II (1963) *Constitución “Sacrosantum Conclium” sobre la*
Sagrada Liturgia, Roma, Ed. Vaticana.

- (1964) *Constitución Dogmática “Lumen Gentium” sobre la Iglesia*, Roma, Ed. Vaticana
- (1965) *Constitución “Dei Verbum” sobre la Divina Revelación*, Roma, Ed. Vaticana.
- (1965) *Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” sobre la Iglesia en el mundo actual*, Roma, Ed. Vaticana.
- (1965) *Decreto “Optatam Totius” sobre la formación sacerdotal*, Roma, Ed. Vaticana.
- (1965) *Decreto “Apostolicam Actuositatem” sobre el apostolado de los seglares*, Roma, Ed. Vaticana.
- (1965) *Decreto “Pefectae Caritatis” sobre la adecuada renovación de la vida religiosa*, Roma, Ed. Vaticana.
- (1965) *Declaración “Dignitatis Humanae” sobre la libertad religiosa*, Roma, Ed. Vaticana.
- (1966) *Constituciones, Decretos, Declaraciones, Documentos pontificios complementarios*, [Ed. Bilingüe latín/español] Madrid, BAC.

VILLENA, Sor María Angeles (2011) *La Lectio Divina, su realización a través de los tiempos*, Oviedo, Monasterio San Pelayo.

VIVIANO, Pauline A, (2010) *Los biblistas, los fieles laicos y el Sínodo de 2008 sobre la Palabra*, en *Concilium* N, 335, p. 271 (79) – 282 (90), Madrás, Verbo Divino.

- o - o - o - o - o - o - o - o - o -

Sitios relacionados:

http://www.discipulasdm.org/lectio_metodo.htm

<http://lectionautas.com/aprendiendo-lection-divina>

<http://www.celam.org/cebipal/index.php?name=lectioDivina>

http://www.corazones.org/biblia_y_liturgia/biblia/lectio_divina.htm

<http://www.ocarm.org/es/> *(Para suscribirse a la Lectio Divina diaria)*